

# Pie de página

ANA GARCÍA  
**Bergua**



**Pie de página**



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma  
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli  
Rodrigo Jarque Lira  
Gerardo Monroy Serrano  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Secretario Ejecutivo*  
Alfredo Barrera Baca

*Comité Técnico*

Alejandro Pérez Sáez  
Rodrigo Sánchez Arce  
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias  
e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Rector*

Doctora en Humanidades  
María de las Mercedes Portilla Luja  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración  
Jorge Eduardo Robles Alvarez  
*Director de Publicaciones Universitarias*

# Pie de página

ANA GARCÍA BERGUA

COLECCIÓN

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

**FOEM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



*Pie de página*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca, Estado de México.  
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México.  
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,  
Toluca, Estado de México.  
www.uaemex.mx  
publicaciones@uaemex.mx

© Ana García Bergua

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8  
ISBN (colección UAEMéx): 978-607-633-846-9  
ISBN (GEM): 978-607-5910-27-7  
ISBN (UAEMéx): 978-607-633-857-5

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 226/09/23/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez  
Diseño y formación: Hugo Ørtíz  
Cuidado de la edición: Jimena Ramírez Olivares y César Alan Malvárez Hernández

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

**Nuestro esfuerzo está dirigido** a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI  
*Secretaria de Cultura y Turismo*



**Desde 1901 hasta 2021**, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial Mujeres. Razón y Porvenir, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

*Patria, Ciencia y Trabajo*

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ  
*Rector*

*para José de la Colina*  
*para Fabio Morábito*



Prosa con asteriscos, prosa condecorada.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

*Greguerías*



# 1. INTEMPERIE





## Niebla y humo

La verdad es que vivimos entre nubes. Sucias nubes, pero nubes al fin, que nos constriñen o nos liberan, abren o cierran como una luz de teatro el horizonte de nuestra vida, haciéndolo de lo más variado. Hay días en que nuestro horizonte abarca un trecho corto y provinciano; nadie puede saber si después del hotel de México hay un precipicio, y como los antiguos podemos conjeturar infinidad de cosas sobre nuestra ciudad: si es cuadrada, redonda, si acaso la carga una gran tortuga, si deberemos aventurarnos hasta la avenida Revolución o permanecer, prudentes, en las cinco cuadras más cercanas. Otras veces ni a eso llega nuestra cansada visión, y el grisor carcome ya la tienda de la esquina, ya la parada del camión, y nuestra concepción del mundo se vuelve estrecha y brumosa, pensamos incluso cosas feas, y todo se nos aparece con lindes oscuros y siniestros. Esto es porque no vemos nada, y ya los políticos y los empresarios han repetido muchas veces que la falta de visión es la causa de todas las desgracias, aunque nada se haga para atenuar el imperio de nuestra cegadora nube. Al día siguiente —porque en esta ciudad, cuyos límites decide la enorme y ubicua masa de bruma y deyección, hay cambio de estación cada dos horas— el espacio se engrandece, y el Ajusco se revela a lo lejos, pero a la vez cercano, perfilado y contundente, claro y deseado como un postre de crema, y nos damos cuenta de que existe el horizonte, de que existe el mundo, de que hay montañas, hay nieve y en el pasto del Ajusco quizás saltan con alegría las cabras o pastan las vacas en el verdor. Y la enormidad de este sitio lleno de edificios

se instala en nuestra conciencia y nos devuelve la razón. ¿Qué es esto?, nos preguntamos asombrados, el cabello al viento, ¿cómo hemos llegado hasta allá? No digamos cuando en el otro lado de la ciudad aparecen el Popocatepetl y la Mujer Dormida, y no sólo se abre el espacio, sino también el tiempo, y todo mundo recuerda que su vida es presenciada por volcanes. Pero al cabo de una semana, de la semana más venturosa del año, de nuevo la nube impondrá sus límites, olvidaremos los cerros y su extensión, el color del cielo, y otra vez habremos de preguntarnos de qué tamaño es nuestra existencia, si estrecha y oscura, si mediocre e ignorante: ¿qué habrá después de Tlalpan? ¿Una cañada, un mar embravecido o la noche eterna? ¿Acaso nos carga en sus espaldas un castigado gigante? Y así pasaremos siempre vidas muy variadas, entre grandes revelaciones y entre nubes.

## A vuelo de pájaro

Desde lo alto de la Torre Latinoamericana quisiera ver el corazón de las vecindades, los patios de los edificios coloniales. Quisiera poseer una mirada entomológica, acuciosa, dominar la cotidianidad indefensa de las personas. Pero no, al contrario, lo que veo desde arriba es un valle de azoteas, un cascarón gris que protege a los de abajo de las miradas altísimas de los helicópteros y los aviones, y las de quienes trepan a las cumbres de los edificios. Perdida ya la calidez de los tejados, la sensualidad de la teja y las terrazas, ha quedado este desierto o este mar de concreto puro, cuyo territorio delimitan las banderas de ropa tendida. Los calzones y las sábanas de las familias son sus estandartes, sus escudos e insignias de honor, y los cuartos de las sirvientas remedan en su asfixia a la estrecha atalaya de los vigías.

En medio de lo más alto y lo pequeño, la ciudad posee sus habitantes del aire: no sólo las sirvientas, también los albañiles, los pintores de anuncios, los limpiavidrios de los grandes edificios. Su privilegio es escarbar de cerca el interior de las viviendas, ir del corazón a la piel y viceversa. A cambio pagan con la estrechez, con el andamio delgado y frágil, con el peligroso puente de madera o el cuartito oscuro, opresivo, casi siempre castigado con la ausencia de ventanas. Igual es angosta la Latinoamericana, y pequeña la escalerilla que conduce al privilegio de los telescopios con que todos buscan primero su propia casa, previa inserción de la ficha de plástico azul. Pero es también amplia la sorpresa de ver este mar gris de banderas y gordos tinacos que son como

el presidente de cada edificio, cubierto todo con una densa y persistente capa de esmog de la que surgen los edificios altísimos de Reforma o el hotel de México cual tótems en la bruma. Esta costra de arriba cubre más que convenientemente el hormiguero de abajo: tan pequeño, tan diverso y tan inexpugnable, que vuelve miopes nuestras pretensiones de águila o de halcón.

## El gordo provocador

Perdido ya el encanto ferroviario de los tranvías, nos quedan los muy tristes trolebuses, esos animales grandes, grises y anaranjados que siempre pagan el precio de salirse de una vía espiritual, trazada en el cielo de sus cables. Los pesados trolebuses intentan ser un vehículo libre como todos los demás fierros animados de Ciudad de México. Pretenden rebasar, cerrar el paso a los automóviles de al lado, tomar raudos el carril de alta velocidad. Hasta dan frenazos con sonido de ventosidad para mentar madres, a falta de un claxon hecho y derecho, que tampoco tienen. Pero siempre, si se alejan de más, si el chofer cae en la tentación de rebelarse ante su condición dependiente de marioneta, se les caen los hilos, las antenas, y quedan inerme como un enorme rinoceronte muerto a mitad de la calle. Es increíble con qué furia insultan los demás conductores al afanado chofer del trolebús, cuando tiene que bajarse a engancharle de nuevo las antenas: ¡Pinche trolebús!, exclaman, quítate de ahí, como si aparte de un estorbo fuera un anacronismo irreal. Con el trolebús, con el pesado y tardo acto manual de colocarle las antenas, se agrava la desesperación: no hay automatismo que valga, no hay rapidez, es como si bajara un cochero a colocarle el arnés a su caballo, y además son tan enormes que tapan todo, como las señoras gordas que entran al cine a mitad de la película.

Los trolebuses, además, casi siempre van vacíos. Al parecer la gente desconfía de su tamaño, de su lentitud, de que el chofer tenga la debilidad de rebasar. Los asientos de los trolebuses vienen montados en plataformas, son tronos altísimos y privilegiados

de los que se cae como de las ilusiones. Su espacio es sumamente amplio: cuando los conductores frenan de golpe, lanzan a los pasajeros de adelante para atrás, de atrás para adelante, en amplísima pista de patinaje. Como todas las cosas un poco antiguas, son el paraíso de los niños. Además son muy baratos, y el chofer siempre da de cambio la monedita de a diez que tanto se desprecia en el microbús, y un boleto que sirve de separador de libros, un *souvenir*. Hay quien dice que no contaminan, pero con los embotellamientos que causan cada que se les corta su nutricia electricidad, sale humo para aventar para arriba: humo de coche furioso, que es un poco más oscuro.

Algunos tomamos el trolebús, quizá porque le tenemos simpatía a la debilidad humana, a este Sísifo que siempre se rebela contra su destino. Tomamos el trolebús con la esperanza de que gracias a nuestra constancia nunca lo quiten, y con él perviva la sombra desterrada de los carruajes, los trenes, los trasatlánticos y los tranvías.

## La ciudad del perro

A mitad de la mañana cruzan la ciudad los perros callejeros en pleno trajín. Algunos sarnosos, enlodados; otros limpios, recién escapados del castillo, y todos con un gesto de ocupación que siempre intriga. ¿A dónde van los perros callejeros? Siempre están de paso, siempre cruzan calles, aceras, grupos de gente que evita su roce animal. Y lo que llama la atención más que nada es su prisa; no parecen escapar; nadie los persigue, si acaso la gente huye de ellos. Parece que cumplen tareas, que hacen mandados misteriosos. Huyen, supongo, de la muerte en la perrera pública, del palo del carnicero, del mordisco de un perro mayor, mejor comido, o de esos animales inexplicables para un perro, duros y metálicos, que a veces los arrasan cuando tratan de cruzar a otra orilla. ¿Tendrán sus guaridas, sus casas, sus ciudades de perros? A veces uno los encuentra en la jardinera de un parque o en una esquina sola y blanca tomando el sol. Dormitan en las aceras, parece que charlan a veces, a duras penas levantan la cabeza al paso de la gente como si estuvieran en casa mirando por la ventana. En ese territorio de losas levantadas por las raíces de los árboles, montones de tierra, hoyos, charcos y basura, los perros encuentran sus señales, sus veredas, los declives que los llevan a un lugar que es sólo para ellos y que los protege, aunque nosotros no veamos nada en especial más que el aire, la banqueta y unos perros tumbados a mitad del paso. La raza de todos ellos es ya la misma, la inconfundible hecha de infinitas y pacientes mezclas no siempre logradas, de amores frente de los niños, atajados a escobazos y culminados en medio de

las risas de los transeúntes. Los perros callejeros nacen pardos, manchados con anarquía, y las orejas que en generaciones más finas fueron largas terminan triangulares como las de los gatos. Entre ellos se reconocerán por el pelo en marañas y las manchas roñosas que los alejan de la gente y del mundo. Luego forman pandillas bravuconas y molestan a los perros encerrados en las casas, a los alimentados y presos del azar que trae un dueño tierno o uno golpeador, a los que sacan la lengua por las ventanillas de los coches, a las guapas en celo que los llaman desde las azoteas. Terminan teniendo algo de humano por su entereza ante la adversidad y porque no hay naturaleza que puedan añorar —como los animales salvajes de los zoológicos—, más que este bosque de veredas de piedra y árboles cúbicos. En él, como sus antecesores, practican la caza del chicharrón en las carnicerías, asolan al perro privilegiado, adoptan a los niños abandonados como ellos, forman manadas jubilosas, enfermizas, y habitan guaridas de aire en las que a veces, por un mal cálculo, mueren también: bajo el zumbido de las moscas, frente a la lágrima de algún compañero que sólo para las orejas y se va.



## ¡Pasteles!

Vamos agobiados por la calle, perdida la ilusión de que en esta planicie atestada de edificios hallemos jamás el valle, la tierra idílica, el dorado vergel. Pensamos que nuestras infancias han desaparecido bajo este pantano de coches, semáforos y multitudes nómadas; que siempre formaremos parte de un alud de vehículos que avanza y avanza sin final, y ésta es nuestra arcadia: un bosque triste de duendes furiosos tras las ventanillas de los automóviles. Por más que tratemos de evocar en este lugar polvoso un trozo de campo, de playa quizá, salta a nuestros ojos la realidad fea de calles y edificios, de horas pasadas en un transporte para llegar a dónde. Ya nadie sabe a dónde va porque ya no hay lugares, pensamos, sólo sombras, simulacros de calles, vías que se superponen hasta el infinito, como una serpiente en espiral.

Y de repente vemos, en la vitrina de una panadería, blancos como osos polares los pasteles de bodas. Sus pisos interminables forman una escalera al cielo, una pista de patinaje: los novios de azúcar pintados en la cima nos invitan a entrar en su ciudad, nos dicen lo mal que hemos hecho en desesperar. En los ribetes de merengue azul, en las flores que adornan sus virginales balconadas donde podrían bailar Ginger Rogers y Fred Astaire, en su mera existencia pomposa y anacrónica vive aún latente el barrio provinciano, el pueblo chico en que las madres encargan un pastel de esos para que sus hijas alcancen el cielo del matrimonio y bailen para siempre con un trajeado novio de azúcar. Todo el mundo se burla de los pasteles de boda, pero nadie prescinde de ellos —antes acaba, por ejemplo, la virginidad—. Son un eterno

final feliz, la sonrisa con lágrimas de un melodrama. Su dulzor intolerable abarca la vida entera y aísla de la muerte; será por eso que nadie se los come.

Quizá somos el único animal que se deprime y se pone cur-si al mismo tiempo, y por eso, luego de caminar por aquel bulevar inocente, entre altísimos y floridos pasteles de boda, ya no nos parece tan terrible el farrago que pasa allá afuera; somos incluso capaces de perdonar el día en que reinó en la ciudad el plástico anaranjado de los Vips y del Metro, y la noche en que murieron los tranvías, y distinguimos el cielo cuyo azul sólo enturbiaban antes las tolvánas. Seguimos caminando mientras vemos las farmacias, las papelerías, las peluquerías, las panaderías con esos enormes pasteles delirantes, y descubrimos yacer en ellas nuestros barrios soterrados, nuestra infancia común que ha arraigado en medio del asfalto y el humo, como los árboles.

## Diario de mayo

Qué rápido se han ido las tolveneras. Apenas tuvimos oportunidad, esta primavera, de presenciar esa danza absurda y burlesca del aire de nuestra ciudad, el remolino que surge quién sabe de dónde, para levantar polvo y basura del piso e incrustarnos en los ojos, como un diablo burlón. Las tolveneras parecen muy mexicanas; son como el chile y como los cohetes: una broma incómoda, escandalosa y que a la vez inspira un júbilo sin razón. Tal vez cuando llegaron a esta ciudad las tolveneras —quizá expulsadas por ridículas de una de esas regiones norteamericanas donde los huracanes arrancan casas de cuajo—, se nacionalizaron para poder dar lata a gusto, para brotar de una grieta entre dos casas o de una coladera, y alegrarnos y molestartos a la vez.

En abril estallaron las buganvilias. Empezaron a brotar con una generosidad inmerecida hacia los que fumigamos con nuestros autos la vegetación de esta ciudad. Sólo por eso da vergüenza ver cómo a pesar de todo, a pesar del humo y la indiferencia, cunden y se ponen rojas las buganvilias, ver cómo avisan: voy a estallar, voy a estallar. Luego se vuelven rosas, luego lo invaden todo. El viento las arranca y las esparce en el piso como si lanzara confeti a unos enanos malagradecidos. Y todavía quedan miles en las ramas, y sus pétalos transparentan la luz del sol. Las aceras quedan rojas, rosas, moradas, y nosotros sacamos a pasear a nuestras tontas preocupaciones sobre una alfombra florida.

Quizá nada más por molestar, en los siguientes días las tolveneras se escondieron para dar paso a unas lluvias limitadas, de

las que sólo ensucian, precedidas de un viento salvaje, tan teatral que silba cuando se cuele entre los árboles. En la tarde subí a la azotea a recoger la ropa tendida. Unos enormes árboles morados de jacarandas danzaban a lo lejos. El viento, la ropa lavada, la exaltación de la altura, la intemperie en la vecindad de la tormenta, frente al baile de las frondas y sus vueltas, todo propiciaba la exaltación. Aquellos gigantes estaban de fiesta y amenazaban con aplastar a la ciudad entera si se llegaran a derrumbar, si pudieran dar tan sólo un paso. Entre la escala diminuta de la ropa y sus preocupaciones —que no se caiga, que no se manche, que no se moje—, y aquel aquelarre arbóreo, medí nuestro tamaño humilde: seres a la mitad de la ropa que nos cubre y la naturaleza que nos amenaza y nos exalta.

## Borrachas de esmog

Por todas partes aparecen, gracias a Dios, sus crestas verdes o amarillentas, llenas de júbilo sin razón. Es como si las palmeras se burlaran de la ciudad, como si dijeran que esto, después de todo, sigue siendo una selva, un desorden tropical. En Coyoacán hay muchas; en Lindavista pueblan los camellones y en la Condesa trataron de cortarlas, pero ahí siguen, orondas en Nuevo León y en Campeche, formando aquellas avenidas que parecen de señoras locas esperando entrar al salón de belleza; la avenida de las Palmas hasta tiene palmas, y la calle de Vértiz parece la encargada de llevar palmeras al centro de la ciudad. La amenazada palmera de Reforma encuentra siempre acérrimos defensores, que podrían responder como Jorge Ibargüengoitia cuando supo que Salvador Novo había sugerido cortar la palmera que estaba frente a la iglesia de Coyoacán por fea: que Novo también era bastante feo, y no por eso lo iban a agarrar a hachazos.

Junto a los pinos más ordenados, junto a los brillosos huiles, los abetos, junto a los árboles que se podan, que se arreglan y cuyo tronco se pinta de blanco como los calcetines de las colegialas, las palmeras son coristas que tiran displicentemente sus enormes hojas secas al pie de los parques y los camellones para que las usen los barrenderos. Son sensuales y se mecen, el tránsito no las opaca; al contrario, les viene bien esa rauda clientela encaipotada de metal. Ellas y los coches pertenecen al mismo mundo de la velocidad, el paso rápido y la despreocupación. Ambos se dejan atrás mutuamente, se ven de reojo, se saludan al cruzarse.

Y en los embotellamientos, cuando todo se detiene y se ahuma, entre los silbatos de los policías y el runrún impaciente de los motores, las palmeras menean confundidas sus cabezas, borrachas de esmog: esa quietud no les va; tampoco el frío, y por ello se avistan raras y aburridas en la bruma, o dejan ver su cabellera perpleja en los días helados, cuando vemos el cuadro irreal de la nieve en el Ajusco y los volcanes. Las palmeras son como nuestras ideas más estrambóticas, como los rasgos más geniales de la gente. Yo no sé qué sería de esta ciudad sin sus palmeras: viviríamos más tristes aún, más agobiados. Nos mudaríamos, quizá, a la provincia que tanto nos llama, y dejaríamos a esta ciudad peinada de chongo y sola, como una solterona.

## El anochecer en los camiones

Será que la ciudad creció demasiado, será que el campo está cada vez más lejos y también mi infancia: el hecho es que un día dejó de verse, como antes, a las señoras con hatos de alfalfa en los camiones atiborrados, con sus enormes bolsas de plástico tejido llenas hasta el estallido de verduras y cilantro. Será por eso que el campo y los mercados se vuelven supercampo y supermercados, que la fruta y la verdura ya entran a la ciudad por vías expeditas e industriales. Pero ¡cómo recuerdo esos olores a hierba en un camión atiborrado! Limpiaban el aire enrarecido de sudores, de miradas torvas y de malas intenciones. Era tranquilizador ir recargado en una de esas señoras con bolsa de hierbas y verduras que ocupaba la mitad del piso del camión o del tranvía; los bultos que llevaban bajo el rebozo resultaban ser al final niños, bebés de llanto diminuto, transportados como una verdura más, como un chayote o un melón. Uno mismo, apachurrado junto a esas señoras, se poseía de una resignación verduril, como de fruta apilada, y los camiones se volvían bucólicos, de excursión, más aún al ocaso o los domingos, cuando todo el mundo regresaba de algún lado, ya vencido, a dormir a su casa. En estos días aún queda un rato en el que se guarda aquella sensación de placidez inocente y vegetal. Es cerca de las siete de la noche, cuando la bestia ejecutiva que nos anima se olvida un poco en los camiones, ya de vuelta a casa, y se desvencija sin miedo junto al otro pasajero. Pareciera que a esa hora invocamos en los camiones al espíritu de la Señora con Hato de Alfalfa, y nos recargamos en el frescor del campo saliendo por una bolsa

imaginaria, mientras afuera todo México se vuelve provincia y sale por el pan, al llamado de los camotereros. Adentro del muelle camión la gente se mece, recibiendo la leve oscuridad del ocaso como un beso de abuela mocha; es atacada por una pachorra pueblerina, de antojo de tamales, de besarse en el cine. Una hora de pasado o de provincia, no lo sé, pero ahí está, si se fija uno, y vale la pena ver anochecer en los camiones o cerca de las panaderías para corroborarlo. Pero eso sí, hay que hacerlo rápido, porque los menos permeables al bucolismo son los choferes: ya se encargarán de regresarnos a la modernidad rápidamente, al estamparnos contra el ventanal o el tubo justo cuando suspiramos: ¡qué tiempos aquellos!



## Cucuruchos

Los periódicos tienen ahora varios inconvenientes. Uno de ellos es que no se hace con ellos otra cosa que leerlos, con deplorables resultados: úlceras sin fin, depresiones y una pena ajena crónica. Nuestro H. Presidente nos diría que con no leerlos se resuelve el problema, pero entonces, ¿qué hacer con ellos? Antes los periódicos se utilizaban para cosas variadísimas: una de ellas, la más socorrida, consistía en prender el bóiler, cosa ya inútil frente a los pilotos automáticos y la profusión de gas LP. Otra función de los periódicos consistía en taparse de la lluvia, acto que han vuelto ridículo los vendedores de impermeables y paraguas que brotan de las grietas y las coladeras de la ciudad. También los periódicos fungían de taparrabo para los asaltados, pues los asaltantes todavía eran algo compasivos y leían el *Excélsior*. Quizá lo llevaban, con ánimo preventivo, doblado en forma de barquito sobre la cabeza, igual que los voceadores, y en los mercados el periódico servía para formar cucuruchos. Pero ¿existen todavía los cucuruchos?, ¿ha visto usted alguno últimamente?, ¿ha tenido quizá la ocasión de desencucuruchar un cuarto de limones o de chiles y de paso leer la nota roja de hace dos días o los monitos del domingo, otra especie en extinción? ¿Verdad que no? En materia de periódicos cónicos, ya hasta puedo presumir de cosmopolita con mis actuales hijas, pues en Londres, en mis años mozos, me sirvieron unos *fish and chips* en un cucurucho del *Times* —bastante grasientos, debo añadir—. Ahora se ha sustituido al simpático cucurucho por una profusión de cajitas, bolsitas

y vasitos de plástico que no hacen sino contaminar nuestros mares, y para colmo no se pueden leer después, una tristeza.

Rescatemos al cucurucho del olvido; llevemos en él nuestras pertenencias, obsequiémonos flores en cucurucho, vistamos el gorrito periodístico, el faldón de los asaltados y los pobres. Quizá así logremos tener, como se dice ahora, buena prensa.

## Viene viene

Parecen caballeros medievales agitando sus banderas, sus enseñas que son también su ropa, la misma camiseta que se quitan al sol y que ondean hacia los que pasan. Este pequeño pedazo de territorio es mío, parecen decir, yo reino sobre él, y con gracia lo otorgan al que carga un carruaje brillante, al que puede trasladarse de un lugar a otro sin ser lastimado o vencido; a la gran mariposa o al escarabajo tropical que lleva aquel lujo colorido con ruedas, y no encuentra dónde descansar del paradójico apéndice que lo lleva, lo adorna, y que al cabo del tiempo sólo le estorba y lo aleja de su destino. Entonces llegan ellos con su chiflido cantarín, y con la camiseta fabrican un lugar para aquel auto que tanto pesa a un conductor distraído o a una señora con prisa. ¿Se lo lavo?, preguntan a continuación con cara de inocencia. Y todos sabemos que en su afán de servicio late una leve amenaza de estropicio.

Transcurre la mañana, se apoyan en un coche y silban, la camiseta al hombro; se miran las uñas negras en una esquina bajo el sol, hablan con otros como ellos o se enlazan en torneos de trapazo a la cintura, en medio de la ráfaga de autos que pasan y la jocosidad general. En realidad no ofrecen cuidar los coches, que propiamente nunca cuidan, ocupados en chiflar, en decir cht cht a las muchachas y hacerse señales con los ojos, todo lo cual significa muchas cosas que los demás nunca comprenderemos; en reírse, mover el cuerpo, tomar refresco y agacharse, apoyarse en la esquina y mirar al cielo: lo que ofrecen es un lugar conseguido a las carreras, revoloteando de un lado a otro de la acera, mirando

quién llega y quién se va, qué animal quiere que le limpien y pulan el caparazón en su territorio apartado, ganado a fuerza de trapazos y cubetas puestas como señales.

¿A quién esperan esas cubetas, qué derecho divino representan? Quién sabe, pero pocas son las cubetas arrasadas sin escrúpulos por algún ciudadano seguro de que su polis es pública y sólo debería ganar el lugar quien llegara primero. Casi todos respetamos religiosamente las cubetas, latas o cajones de fruta puestos al pie de la acera como un sortilegio, temerosos de lo que vaya a pasar si alguien las quita, porque es el territorio de estos hombres que en muchos casos no tienen otro; sólo una vez he visto a uno de ellos regresar de noche a alguna parte, la cubeta y el trapo al hombro como el maletín cansado del oficinista.

Quizá en el futuro estos hombres aparten lugar para sentarse, rutas para caminar a la abarrotería de la esquina o a la peluquería, espacios de un metro cuadrado para pararse a contar el cambio o comerse un elote, para hablarle al celular. Y en caso necesario, bolsas de plástico con espacio vital, arrancado por estos hombres móviles a una multitud cada vez más tupida y más quieta.

Al final del día, siempre los veremos enjuagando esa camiseta que ha sido tantas cosas y ponérsela, como quien se pone encima su hogar.

## En secuencia

Antes una filmación en la calle era una gran cosa, similar a un circo. La gente la rodeaba, se ponía de puntas para ver a sus actores predilectos. Una filmación en las barriadas iluminaba las vidas de los niños, marcaba para siempre su infancia árida. Ahora, en cambio, en cualquier lado una filmación o una grabación obstruye el tránsito, acapara los pocos lugares de estacionamiento y obliga a callar a todos los transeúntes. Los enormes camiones de filmación se estacionan en las plazas de las colonias pintorescas, frente a las cantinas, en los mercados y de ellos surgen hormigas que extienden cables a lo largo de la calle. Luego arriba el resto del *crew*, discreto o invasor, y ya nadie reconoce a aquellos seres que viven entre los reflectores y las sillas de lona, que siembran en todas partes vasitos con café.

Las filmaciones se han convertido en otra expresión de la multitud, son islas entre la gente que camina y los vendedores. Sus integrantes habitan un mundo aparte en medio del nuestro: ponen sus mesas y comen, se cambian de ropa, pelean entre sí como iluminados, enchufan cosas, gritan, corren de un lado a otro o bien se aburren sin poderse ir del lugar como si estuvieran en otra dimensión. Viven en su película; son una ficción sembrada en medio del paso de la vida diaria. Pero hay que ser muy cauteloso a la hora de cruzar: esa ficción, en un descuido, lo puede atrapar a uno. De no tomar precauciones, quedaremos en continuidad, como ellos dicen, y terminaremos como estos pobres seres, prisioneros de un anuncio de cereal o de una película de marcianos. La multitud, después de todo, tiene también sus hoyos negros.

## El aguacero nacional

Ay, qué rara es la época de lluvias, qué triste y a la vez jocosa, qué difícil de sobrellevar. No es natural andar mojado todo el día, cargar paraguas y dejarlo en todas partes, vivir amenazado por regaderazos helados y vespertinos. Para salir a la calle es casi necesario llevar carta de navegación, saber cómo sortear los charcos grandes, los resbaladizos suelos anegados de lodo, las lagunas que para los automovilistas son una tentación irreprimible. Desde lejos se ve venir: se acerca el coche al peatón desprevenido, pasa encima del enorme charco y levanta una ola triunfal, siempre gigante, siempre injusta, que cae sobre el caminador inerme, sobre los perros callejeros resignados a cualquier fatalidad y despeinados de antemano. Y todavía se queja el automovilista de que se le mojan los frenos al pasar los charcos. Esta lluvia de mediados de año acaba con cualquier cálculo, con cualquier plan; es, literalmente, una aguafiestas, azote de los puntuales, coco de los organizados y aliada de los pretextos. Como si a esta ciudad le faltaran catástrofes, incendios y temblores, entonces llega esta lluvia cada verano a descomponer semáforos, a inundar cruceros, a organizar apagones, a hacer fiesta de nuestra prisa y nuestra diligencia. Además, es grandilocuente, poco humilde: siempre trae raigambre aristocrática; se jacta de que en su origen están los grandes huracanes, los ciclones en las costas o los famosos nortes. Incluso cuando no hace demostraciones de fuerza, da pruebas de superioridad: nos acosa con un chipi chipi irónico, socarrón, se burla de nuestras gabardinas, del paraguas calado por su risita fina y persistente.

Se empeña en ponernos tristes por las mañanas con sus nubarrones y su grisura; nos encierra en la casa por las tardes para que la veamos hacer acrobacias contra el piso, derramarse por los cristales de las ventanas y lomás techos de los automóviles en plan de falsa plañidera, tirar granizo sobre los gatos, hacer ríos de lodo y colecciones de citas a las que no llega nadie. Imprevisible como es, estrambótica y paya, le tiene un respeto casi mocho al 16 de septiembre, en que invariablemente hace mutis para que podamos ver los fuegos artificiales. Luego se va, fingiendo impuntualidad para no dejar de ser interesante frente al claro octubre. Díganme si no es un desastre esta señora húmeda que luego regresa cuando no viene al caso, como el amigo borracho que suele estropear las fiestas. Y mal que bien es divertida, y uno la soporta a ratos, pero nadie le pediría matrimonio. Para ello habría que darle terapia, volverla ordenada y vertical, y, quién sabe, quizás imponerle la ley seca. Probablemente, como además es muy nacionalista, se disciplinaría. Sólo así.

## Viboritas

Los diálogos de silbidos en la calle corren paralelos a nuestra vida en común, como una corriente suspendida en el cielo que traspasa los gritos y el ronroneo eterno de los motores, el radio y las conversaciones. Es curiosa esa música aparte de silbidos y chasquidos de los labios y las lenguas de muchos que prefieren no hablar o no decir nombres en voz alta: unos fuertes, hirientes en medio del tránsito y las multitudes, y otros bajos, afanados en repetir su frase en clave morse. Cada silbido se dirige a alguien, viaja con el viento y siempre recibe su respuesta: un silbido chillón o su remedo sarcástico. El que silba y el que contesta son gemelos idénticos, hijos de una tonada única que los identifica más que el nombre o la huella dactilar, como un cántico o como el grito de la tribu. Los silbidos viven en un país propio, siempre aireado; son hermanos de las miradas hacia el piso, los tss tss, güerita, los besos escandalosos que siguen a las muchachas como una jauría invisible y los chst chst, joven. Silbar es una risa indiferente a los buenos días, los compermisos y los porfavores. Aun así, mal que bien siempre hay puentes de un lugar a otro, según la necesidad, y a veces uno viaja sin darse cuenta de la tierra del español que no puede evitar hablar a golpeteos, a aquel país misterioso, el cual se antoja arcaico y de piedra y pluma, como cuando a la hora de decir gracias una fuerza tímida, ancestral e irremediable lo obliga a uno a bajar la cabeza y decir nada más grsssss de manera sinuosa, como una viborita humilde.



## El santo escándalo de la tamalería

Últimamente, todos los vendedores de tamales oaxaqueños en bicicleta de esta ciudad tienen la misma voz metálica y dicen lo mismo, lacónicamente, con las mismas misteriosas pausas entre palabra y palabra: Tamales. Oaxaqueños. Calientitos. Y no es porque todos estén tristes o duden de si lo que venden son tamales, de si no serán poblanos o si no estarán helados. Es peor. Es una nueva costumbre popular que parece surgida de una mente que ha visto una película de ciencia ficción demasiadas veces y que ha decidido sustituir el grito alegre del pregonero con una grabación, dando como resultado aquel efecto melancólico. Realmente, estos vendedores no tendrían nada de particular, y hasta alegrarían nuestras meriendas, si no fuera por esa manera de anunciar la mercancía con aquel magnetófono sórdido, semejante a una sirena de bombardeo. Su ofrecimiento se acerca más a las órdenes que gritan los policías desde sus fodongas patrullas, que a una apetitosa invitación a comer mole.

Pero no se piense que los quiero condenar a la desaparición, faltaría más, si han encontrado un modo de anunciar los tamales muy efectivo y además descansado para la garganta, aunque todas las noches uno se pegue el mismo susto. Es más, cada noche que escucho, do quiera que esté, dicho balbuceo electrificado —estos tamaleros han extendido su radio de acción magneto-fónica a muchos barrios de nuestra moderna Tecnochtitlan—, me inclino a pensar que algún día mis hijos o mis nietos lo recordarán con verdadera nostalgia. Yo también, para volver a la infancia, invoco el tracatrán de los tranvías que pasaban toda la

noche frente a mi casa y que a más de un vecino le debía de parecer enervante, y suspiro al escuchar el aullido lastimero de los carritos de camotes al atardecer o el canto matutino del afilador. Sólo quiero anunciar el nacimiento de una tradición bien rara, al igual que estos nuevos habitantes de la noche respunteam su llamado a nuestra gula como marcianos tartamudos: Tamales. Oaxaqueños. Calientitos.

## Los oscuros policías

De repente los policías se convirtieron en golondrinas, con su casco azul oscuro, volando en frágiles bicicletas. Frente a mi casa anidaba un grupo de ellos, un poco aburridos, por cierto, de no hallar en esa cuadra criminales que justificaran tanto despliegue ornitológico, tantas rondas y vuelos, tanto ejercicio. Perdida la protección de las poderosas patrullas, no se podían sentar como antes a jugar con la radio o a vigilar a cualquiera, torta en mano. Durante sus excursiones a la taquería quedaban obligados a ver dónde dejaban la bicicleta inerme, sus alas indefensas. Fue raro ver a los siempre poderosos sujetos a la zozobra, ocupados en cuidarse de los ladrones de bicicletas, una industria que habría de surgir rápidamente, porque si de algo tenemos fama en esta ciudad es de ingeniosos. En las noches se instalaban frente a casa, se guarecían en un nido abandonado por los antiguos huelguistas de la fábrica de papel de mi calle y piaban con sus silbatos. Luego los visitaba una patrulla, bien protegida como el armadillo o el escarabajo, y los inermes se acogían al resguardo de aquel caparazón, llamaban como niños por la radio, hacían bromas a larga distancia, reían. Su algarrabía recordaba a la de los pájaros al anochecer, el llamado previo al descanso en el nido. Si bien era difícil conciliar el sueño, nos sentíamos protegidos: ciertamente, el crimen no se iba a aventurar en medio de este escándalo, estas fiestas de las parvadas alrededor de las patrullas. Así acabamos durmiendo bastante tranquilos, sólo esperando que las parvadas no se convirtieran nunca en jaurías.

## Ventana con gato

A los escritores les suelen gustar los gatos y sospecho que a los gatos les gustan los escritores también; si no, no posarían con ellos en las fotografías. El gato de escritor no es como cualquier gato; es un animal con costumbres particulares, producto del arduo oficio al que los plumíferos lo someten, solidarios, quizá, con tantos pájaros sacrificados en sus garras suaves. El gato de escritor siempre se deja ver: dormido, paseando, cazando a las arañas, pues sabe que su forma inspira a poetas y prosistas por igual. La forma del gato se mueve como las letras conforme las trazamos y, como decía Gómez de la Serna, la cola pone el signo de interrogación. Los gatos de escritor trepan a la mesa y cazan a la pluma que se mueve con su pata de león. Los gatos de escritor siempre tienen nombres extravagantes. Son una selva que contiene al tigre, al león, al puma, al leopardo; cuando los acariciamos, cuando jugamos a resistir sus ataques de acróbatas, las fieras que viven en los gatos se comen a la persona más pequeña que nos habita, y que en seguida se levanta para ponerse a escribir de nuevo.

En una época, un gato me solía visitar en las mañanas. Por lo que pude ver, alternaba sus delitos de gato de vecindario con estas visitas contemplativas al alfeizar de mi ventana. Al principio me miraba durante unos instantes y se marchaba, pero con el tiempo se fue quedando cada vez más, de modo que terminamos pasando juntos las mañanas, yo en mi lado del vidrio, él en el suyo. Era un gato negro, de pelo corto y brillante, bastante fornido. Llegué a pensar en ponerle nombre, pero algo me decía que

ya había sido nombrado, y un gato no soporta la reinauguración. Por eso me conformé con que me visitara a diario, puntualmente, con su apariencia de gato común, gato que podía ser todos los gatos, como aquella mujer que decían que era todas las mujeres. Esa silueta de ojos verdes que me estudiaba afuera de la ventana era para mí la dosis justa de gato que requería para escribir, para evocar a todos los gatos que tuve y tendría después, para soñar como los gatos. Cuando dejó de acudir a nuestra cita llegué a extrañarlo, y a veces, al topármelo en la escalera, hubiera querido que no escapara corriendo como un endemoniado, que tuviera la decencia de saludar. Sería que yo también era su entelequia, la cantidad necesaria de escritor que todo gato requiere contemplar, una vez al día, como a la Esfinge, y que un poco de confianza nos hubiera quitado a ambos lo enigmáticos, cosa poco saludable para aquel noviazgo de contemplaciones.

## La invasión de las bolsitas aviesas

Las bolsitas de plástico se están convirtiendo en un asunto de lo más delicado, ¿no se han dado ustedes cuenta? Nunca en mi vida he recibido yo tantas bolsitas de plástico como a últimas fechas. Compro un cuaderno y me lo dan en una bolsita de plástico. Compro una sandía y también. Un alfiler me lo entregan en una bolsa de plástico de dimensiones gigantes. Guardamos sándwiches y asamos pavos de Navidad en bolsas de plástico, y tomamos refrescos en bolsas de plástico con popotes. Hay hombres que en los altos ofrecen bolsitas de plástico; si nos negamos a aceptarlas, nos miran con reprobación, como si guardar la basura en una bolsa plástico la hiciera desaparecer. Compramos bolsas pudibundas para tirar la basura; su negrura pretende ocultarla y confundirse con el espacio exterior, hacernos pensar que realmente se irán por un túnel oscuro a otra galaxia. La gente se protege de la lluvia con bolsas de plástico.

Las bolsas de plástico contienen todo, pero no hay nada que las contenga a ellas; nada detiene su acelerada reproducción, pareja a la de los humanos, no hay enfermedad ni catástrofe que las acabe, como tristemente nos pasa a nosotros y a los animales. Por eso he llegado a pensar que quizá la bolsita de plástico es el emblema impercedero de nuestra civilización. De hecho, si uno tiene la mala suerte de morir en la vía pública, lo más probable es que lo guarden en una bolsa de plástico, cuyo único rasgo distintivo será un largo zíper. Las series policíacas, en nuestros días, han perdido toda gracia o movimiento: ahora los detectives se ocupan de analizar, microscopio mediante, las colillas y las

escupitinas guardadas en bolsitas de plástico, y los asesinos palidecen ante bolsitas culpabilizadoras. Hace unos años, ¿se acuerdan?, alguien hizo un experimento que consistía en encerrar a vivir a unos cuantos hombres y unas cuantas mujeres en una especie de hábitat artificial, con bosques y lagos artificiales, todo cubierto con una gran burbuja transparente. A mí me parecía que estaban probando a vivir en una bolsa de plástico. ¿Por qué no?, si los peces y las tortugas se venden en bolsas de plástico con agua y unos hoyitos para respirar. No hay que olvidar que con la bolsita de plástico uno se ahoga: por eso se les dice a los niños que no jueguen con ellas y Charlie Brown, cuando sentía vergüenza, ocultaba su redonda cabeza en una bolsa café de papel, como las de las panaderías.

Pero son así, pegajosas, esas bolsitas de plástico, las atraemos como imanes, invaden nuestra vida. Se distrae uno y de repente está cargando, con mucho cuidado, un clip o un papel en una bolsita de plástico que quién sabe cómo llegó a sus manos. Parecieran imprescindibles, y eso que ya nos dijeron que son lo peor que hay para nuestro maltrecho planeta, que la bolsita tardará muchísimo en desaparecer de la faz de la Tierra, quizá hasta que la vuelvan a poblar unos dinosaurios metálicos que las comerán, y aun así el mundo está lleno de bolsitas de plástico que unos ponemos en las manos de otros, y en el supermercado nos regalan cantidades excesivas de bolsas de plástico, ya no sé si con cierta perversidad ecológica o como parte de un plan un poco raro. Lo peor es que no sabemos negarnos a una bolsita de plástico. Incluso se fabrican ahora hermosas y elegantes; aquellos a quienes las bolsas de plástico parecían tristes o vulgares cargan ahora la suya por las colonias adineradas, contagiados. Las bolsas de plástico se burlan de nosotros y flotan en el mar o ruedan junto a las carreteras, llenas de basura de color pardo y olor agrio. Una bolsa de plástico hizo ya incluso un número de baile estelar en la película *Belleza americana*, del director Sam Mendes,

danzando al viento y dejándonos con la duda de si acaso alguien la tiró al basurero después.

Algún día, si seguimos así, ondearán bolsas de plástico como banderas arriba de los palacios de gobierno y en las astas de las plazas, despediremos a los viajeros agitando bolsas de plástico y los habitantes de los países pobres no tendrán más remedio que vestirse con ellas. Entonces quedarán contentos.



## II. MISTERIOS DEL CUERPO



## Pelo

El pelo es un capital valioso, cosa de preguntarle a Sansón. Todos vivimos pendiente de que no nos tomen el pelo, ni que nos lo vayan a arrancar como en las películas de luchadores o de indios y vaqueros. El pelo siempre impone, duele o asusta. Dicen que al morir nos sigue creciendo: ¿será esa proximidad la que de repente le hace ponerse lívido y gritarnos nuestra edad como advertencia? Empieza entonces el juego inacabable de los tintes y los simulacros, el conteo triste de ganancias y pérdidas en la regadera, las meditaciones sobre las pelucas y el gesto de valor que supone plantarse un bisoñé que grita siempre: traigo un bisoñé. Ay, el pelo. Hasta a los animales se imponen sus componendas; vean si no, el triste ejemplo de los pobres french poodles, rasurados a trechos, convertidos en pompones movientes. Eso sí que es un animal civilizado, han de pensar algunos cuando los ven en los parques, casi es de peluche.

Será por eso que las peluquerías nos tranquilizan tanto. ¿Quién no se olvida del mundo con la caricia del peluquero, con el triquitac de sus tijeras? Los peluqueros ponen en orden nuestras cabezas, tiran los cabellos preocupados, las mechas de angustia. Ordenan nuestros pensamientos con el peine y moderan nuestra razón con pasadores; son clásicos porque restauran la medida de las cosas. Son enemigos natos de la exageración. Su conversación apacigua nuestros demonios y nos devuelve a un mundo en el que cuentan ante todo el equilibrio y la contención. Emergemos de aquellos alambiques de pomos y botellas, navajas,

pistolas y rasuradoras, dispuestos a enfrentar al mundo otra vez, a empezar de nuevo.

Al anochecer, las peluquerías comienzan a cerrar: el viejo peluquero con su caramelo rojo, blanco y azul, su silla giratoria y sus revistas pornográficas habrá ya arrancado la confesión y excomulgado a toda la clientela; el salón de belleza con encajes en las puertas donde las mujeres cuchichean como en el harem, y los salones unisex donde los peluqueros miran y admiran a los actores de las telenovelas. Iluminadas aún, en medio de la gente que regresa del trabajo y va a comprar un pan o un libro, son como el último fulgor de nuestra conciencia antes de dormir. Los peluqueros barren toda la hojarasca y dejan calvo el piso para el día siguiente. Sin pelo ya, sin tanta locura descabellada campeando en su espacio aristocrático, quedan relucientes las peluquerías. Y yo me imagino que al apagar la luz y cerrar la cortina de metal, brotan en ellas los sueños ideales de toda la clientela.

## La entenada

Fue necesario romperme la mano derecha para saber que mantenía a una parásita, entenada e inútil. Mientras la otra es delgada, diligente y se ha afanado siempre en ser precisa, al grado de esforzarse en dibujar y cargar pesos pesados, esta vivía comiendo bombones, tumbada en su sofá, fingiendo que ayudaba a la otra a agarrar cosas, a detener la hoja de papel, a oprimir las teclas de la computadora, pero abandonaba el trabajo en cualquier momento y permanecía inerte a la espera de que la otra le facilitara la vida. Ni siquiera hacía las relaciones públicas; era la derecha, siempre, la que abandonaba la faena para saludar, diligente, a otras manos derechas como ella. Inerte inerte, casi como tenerla paralizada. Al grado, por supuesto, de que fue la flaca, la trabajadora, la que fue a socorrerme, con hartos sacrificios de su parte, cuando tropecé en la calle: por mí se rompió. La otra, no hace falta decirlo, no sufrió ni un rasguño, pues ¿qué hacía en aquel momento, en una situación que requería de reflejos rápidos, de diligencia, de devoción? Nada. Babosear pensando en su anillo de oro, en lo que podía levemente acariciar, con indolencia: un gato, el pelo de una niña, la seda de un vestido. De modo que, invalidada la derecha en un plástico amarillo, decidí ponerla a trabajar: ¡qué mal escribía, con qué temblores, con qué pereza y qué afanes! Tan torpe que me hacía sentir manca del todo. Eso sí, en la cocina se las ingeniaba, aunque lenta, para batir, para pescar el cucharón y abrir el refrigerador. Se ve que el hambre y los antojos acicateaban sus pocas habilidades, y quizá sabía —por chismorreos, por la lectura perezosa de alguna nove-

la sentimental— que la literatura no da para comer, porque en escribir no se esforzaba: trazaba las letras con temblores y sobresaltos, y era inaudita su falta de lógica al dibujar la a, la ge, la zeta. En el teclado de la computadora se perdía como una araña en una metrópoli: brincaba de un lado a otro, locamente, y terminaba agotada a las tres palabras. Ha sido muy difícil vivir sólo con ella, e imagino que los zurdos deben pasar iguales sufrimientos con la mano derecha; no se diga los mancos, agobiados por el ausentismo laboral. Sólo los ambidiestros, pienso yo, deben estar felices, pues sus manos conocen la plena democracia y la colaboración en el trabajo.

Ahora que la mano diligente ha sanado y vuelve a trabajar—incluso con dolores, así es de sacrificada, de responsable—tengo un poco castigada a la otra: le impongo trabajos forzados para que no se crea que volveremos al antiguo régimen. Aun así me distraigo, y de repente descubro, como antes, afanada a la derecha y a la otra indolente, mirando su anillo, sus uñas recién cortadas por la otra, como una *vedette* en su diván de mangas de camisa.

## Panzas

¿Qué mejor que ser redondo como el planeta, bastarse por completo y carecer de esquinas o de puntas? Una gran panza carga la saciedad, el total ensimismamiento. Una panza siempre da la impresión de que su portador es dueño de algo. Imaginen a un rey o a un papa y apuesto a que le ponen panza. Las túnicas de esta clase de personajes caen con mayor majestuosidad si cubren una augusta redondez que una osamenta angustiada. La panza de Orson Welles, por ejemplo, aumentó de manera proporcional a su genio, y puestos a elegir entre Stan Laurel y Oliver Hardy para invitarlos a una fiesta, Hardy, con todo y su mal humor, guardaría mejor las formas en todos los sentidos —aunque el flaco, por serlo, era mucho más chistoso y accidentado.

Las panzas pueden ser prometedoras. Las panzas de las embarazadas, por ejemplo, son como una gran envoltura de regalo: no son pocas las que caminan por la calle como dando a todos la gran noticia, sintiéndose personas de peso e importancia. En realidad lo hacen porque saben que aquella panza se irá corriendo con la forma de una bonita criatura. El resto del mundo ya no quiere a su panza; ni siquiera los panzones que antaño se consideraban Budas portátiles, la panza a la mano de cualquiera que necesitara un poco de suerte. No es fácil encontrar ahora panzones rebosantes, provocadores y orgullosos, risueños. En cuanto a alguien le sale una panza sufre, se atormenta, se la espanta como si fuese un animal, un tumor que traiciona a su alma por fuerza romántica, esquelética. Y cualquier elogio a una panza es rechazado como hipocresía, veneno endulzado con Canderel.

Así, en nuestros días, por mandato de salud y estética futurista, las fortunas orondas y los orgullos encarnados se afilan: papadas y panzas se van al desván.



## La bolsa y la vida

Llego a casa y busco mis llaves entre todo lo que habita esa bolsa que suelo cargar, aunque no haya salido a hacer nada que exija tanta previsión. Me temo que cargo demasiadas cosas, las cuales se neutralizan entre sí. Las mujeres cargamos ese pequeño o gran bulto que nos distingue de los hombres, como si lleváramos siempre un lastre vanidoso, pasto de bromas sobre nuestro desorden, nuestra distracción. Los hombres suelen ir por la calle tan austeros, la billetera en la nalga, la pluma en la camisa. Quizá cargan lo mismo que nosotras, cuidadosamente clasificado, como un homenaje al orden que debería regir sus vidas: los billetes en la nalga, las credenciales junto al corazón, las llaves bajo el cinturón; sólo los dulces y entretenimientos les abultan un poco la cadera. Cuando esa pequeña tienda departamental que es una vestimenta masculina no resulta suficiente, recurren al portafolios y llevan su lastre particular, cuadrado y ordenado, que ciertamente les ata las manos y frena esa especie de disposición a la aventura que poseen sus ropas. Quizá se vean obligados a escalar montañas, lanzarse de azoteas, cargar damiselas, correr por las calles en loca persecución, como en las películas, y para eso, ciertamente, cualquier bolsa es un estorbo.

Paradójicamente, yo creo que las mujeres cargamos tantas cosas porque también nos preparamos para que ocurra lo peor: una sequía, una hambruna, un encierro en el metro sin baño a la vista, un robo, un ataque al corazón, un súbito divorcio, una desilusión o una repentina fealdad. Así nuestras bolsas se llenan de pañuelos, espejos, bocardillos, pañales, jabones y peines y

maquillaje y crema y el cepillo de dientes y las joyas de la abuela, o toallas por si la regla escapa de todo cálculo. Si nos ponemos a ver, somos nosotras las más nómadas. El contenido de nuestras bolsas indica que, cada vez que salimos de casa, no estamos muy seguras de que vayamos a regresar: quizá aterricemos en una casa grande con muchos niños, como Mary Poppins, o en una isla desierta, cómo saber.

De cualquier modo, me sigue intrigando aquel objeto que cargo invariablemente y cuyas posesiones se devoran y ocultan entre sí como los miembros de una secta o los habitantes de un país rebelde. Quizá en realidad la bolsa me carga a mí; o si no, ¿cuántas de nosotras no nos aferramos a la correa que pende de nuestros hombros como de un consuelo o del tubo de un camión que de repente da sacudidas y enfrenones?; para ello no hay como agarrarse bien. Las mujeres de las generaciones anteriores llevaban la bolsa del brazo como si se tratara de un acompañante fantasma, un príncipe encantado que las tomaba del brazo con suavidad. Tal vez esa bolsa es un modo de no andar solas, o es una parte de nosotras mismas que no termina de caber en nuestro interior y hay que cargarla. Por eso, si nos ponen a elegir entre la bolsa y la vida, quizá no podamos entender la diferencia. Por eso, cuando hay una catástrofe, quedan entre los escombros tantos zapatos: lo más probable es que las bolsas se vayan al cielo con el alma de sus dueñas.

## Mirada al frente

El brasier es una de nuestras prendas más curiosas; para apreciar su verdadera naturaleza, basta con ver a los niños de la casa cuando se apoderan de uno en el armario de la madre: primero lo estudian como a un doble paracaídas, muertos de la risa, luego se lo enrollan al cuerpo y bailan con él o se lo ponen en la cabeza. Quizá les divierte tanto porque, de manera remota pero cierta, la ingeniería del brasier es pariente de la del columpio y el subibaja. El brasier es un poco teatral con sus cortinajes, pendiente de sogas, contrapesos y tirantes: con él se arma una de tetas bizcas o esquizofrénicas como los ojos de los camaleones, o bien las mantiene con la vista fija, siempre al frente y sin voltear atrás, no se nos vayan a convertir en esculturas de sal. De hecho, y eso contribuye a su carácter de teatro, siempre pesa sobre el brasier la sospecha de estar haciendo trampa con un contenido que tiende a la dispersión: quizá se aumenta para crear expectativas más bien filiales, quizá se aplasta para que no asuste, quizá se junta para que se forme en el seno una raya en medio más bien formal, si no es que una flecha rauda e instructiva. Quizá las tetas que simula, al quitarlo, se deshagan como agua. Y tal vez el nerviosismo clásico de un hombre al desabrochar un brasier —operación históricamente difícil, en la que participan dedos temblorosos o bien entrenados por conquistas sucesivas— corresponde a la emoción de no saber qué encontrará. Con que no le ladren o aparezcan dos televisiones, ha de pensar, todo irá bien.

El brasier, en correspondencia con la idea maternal de que los pechos son bebestibles, tiene copas, en las que nadie bebe más que él mismo, lo cual lo acerca también a las alacenas. Posee carácter de solución salomónica; nos abraza sin sofocarnos, y con él podemos saltar la cuerda hasta la vejez sin perder el equilibrio, a partir de la edad en que nos vemos obligadas a levantar unas partes, mientras vemos cómo caen en picada otras que no sospechábamos susceptibles de tanta gravedad. En los años cincuenta, las copas adquirieron una curiosa forma picuda, creación, por lo que se puede pensar, de un modisto paranoico y convencido de que abrazar mujeres podría ser mortal: el pecho de la dama se incrustaría en el del caballero y atravesaría su corazón como una daga maligna. Después se pusieron de moda los pechos explosivos al estilo de Raquel Welch, y en aquella explosión liberadora el brasier salió volando. Yo provengo de aquella generación de brasier ausente; cuando la ley de Newton no me dejó otro remedio que usarlo, sentí que andaba con antifaz.

Pues qué prenda curiosa, de verdad, entre cosa sexy y parque infantil. Yo puedo entender a quienes los coleccionen. Lo que sí me parece un misterio, con toda franqueza, es que los franceses le llamen *soutien-gorge*, que es algo así como sujeta-gargantas.

## Sobre los lentes

Los lentes son frágiles, y a la vez son muestra de la fragilidad de quien los lleva. Cuando uno se da cuenta de que debe usar lentes, siente una rabia ciega; es un anuncio de que nuestros ojos han comenzado una lenta clausura. Los lentes son como un animal de trasero grande y reflejante; montan a caballo en la nariz y se abrazan a la cabeza, como niños asustados. En realidad, los lentes dan la espalda al mundo y uno aprovecha su abrazo perpetuo para ver a través de ellos, como quien mira por encima del hombro de otro. Quizá por eso, porque son como un animalito que nunca crece y que, si no se le cuida bien, tiende a perderse o a ser aplastado, quienes usan lentes durante mucho tiempo desarrollan hacia ellos una afinidad entrañable, que no vencen los lentes de contacto ni las operaciones. Los matones de antes le aplastaban los lentes al otro con el zapato, y eso acababa con él.

Los lentes tienen parientes variados y curiosos. Sus parientes más cercanos son los lentes oscuros, caricaturescos de por sí. No hay manera de ponerse esas cosas sin verse disfrazado o con pretensiones de misterio, por más que el sol invada y quemee y alumbre tanto que haga evidentísima su necesidad. Cuando llevamos lentes oscuros parece que no vemos, cubierto el rostro por mariposas negras, y da susto imaginar que quien nos ve detrás de aquellos vidrios de humo lo hace con malicia o frialdad. Otros hermanos de los lentes son los lentes de contacto, que parecen calcomanías; cuando se caen son como joyas perdidas. Uno ras trea el piso con cuidado, buscando ese brillo mínimo que se burla de uno y su ceguera en cualquier rincón. Pocas cosas son tan

angustiosas para una persona como tentalear a ciegas una duela o un trozo de asfalto rasposo, en busca del ojo minúsculo que le hace ver el mundo. Otros hermanos de los lentes —estos muy simpáticos cuando no se empañan— son los encantadores *goggles*, que nos convierten en ranas o en aviadores de la Primera Guerra Mundial. Gracias a ellos vemos el fondo del agua, que es una visión tan tranquilizadora y hermosa como el cielo. El brasier y los lentes son primos hermanos. Los unen sus vocaciones de ladrón y de mapache, de máscara y antifaz. Y finalmente, los lentes acusan un parentesco obvio con las ventanas, pero en pequeña escala. De hecho, las personas que usan lentes tienen una vaga e inquietante similitud con los edificios.

## Catarro

Son un castigo divino aquel llanto perpetuo, aquellos estornudos lanzados al aire cual miasma espasmódica y letal. Un día estaba bien, recuerda, saludaba y sonreía incluso con juventud, con gracia, y de repente quedó encerrado en esa cámara invisible. Así va penando el acatarrado por el mundo, entre un sí y un no, entre escalofríos que calan los huesos y la idea de estarse quejando de algo que no es una enfermedad con mayúscula, de las que justifican la postración, el encierro, la lectura en cama. Todavía es amable el acatarrado y no quiere contagiar a nadie: esquiva besos, detiene lo mejor que puede su vendaval flemático, avisa antes de dar la mano y habla a distancia. Luego el inocente hace esfuerzos por ser normal, acoge la fe en la Aspirina y en los antihistamínicos que quitan el catarro, dicen, por arte de magia. En realidad quisiera mandar por el teléfono su voz gangosa y musical para disculparse por cualquier cosa y aclarar que está acatarrado, que no quisiera ir a ninguna parte, pero su conciencia lo detiene: se dice que el catarro es siempre una mala excusa, tapón de la pereza, de mañanas lujuriosas o de una borrachera en plena curación. Y la víctima del mal virus se avergüenza. Entonces baña y viste los pedazos de su cuerpo cortado; le duele la cabeza, su estómago ya habla de tanta Aspirina, pero es valiente el acatarrado y sale de casa a cumplir su deber. Helo ahí, detenido penosamente del tubo de los trolebuses, estornudando a la nuca de los taxistas, lloriqueando en el Metro frente a los anuncios. Anda por la ciudad todo mareado, a punto de chocar en cada esquina porque las medicinas embotan sus ya lentos

reflejos. Por las puertas asoma entonces su cara ojerosa, el lagrimal húmedo que contradice todo el tiempo la sonrisa resignada, el afán de formar parte del mundo laboral, pues está dicho que por un catarro no falta nadie a la oficina, ni a la escuela ni a las citas. Golpea con la frente abatida el escritorio, sin poder pensar, y en su país de mocos alcanza a oír la voz que lo saluda y premia su esfuerzo: para qué viniste, si estás acatarrado. Nos vas a contagiar a todos.



## Elogio del termómetro

Qué sencillo es, qué frágil, y sin embargo piensen cuántas generaciones se habrán pasado ya, a estas alturas, el termómetro de brazo en brazo. Cuántos millones de niños aburridos han tenido que esperar los dos o tres minutos, esforzándose por acalorarse y que el mercurio suba hasta los cuarenta grados para no tener que ir a la escuela; cuántos han querido que estalle o que se rompa, y así poder jugar con el venenoso mercurio, esa plata que se une y se independiza a placer, que parece estar viva. El termómetro es un invento deportista, una carrera de resultados imprevisibles, por eso no lo vencen los aparatos y las bandas que se inventan con el mismo fin, porque no tienen chiste, no tienen adentro un animal que corre. Mal que bien, el que inventó el termómetro inventó un pequeño juego casero. El termómetro es el hipódromo de los enfermos; el que lo sufre y el que lo aplica hacen sus apuestas: que no tengo fiebre, déjame, mujer; o toca, toca, estoy hirviendo. Manos y mejillas destempladas contra las frentes sudorosas, todos sabemos que el animal guardado en la varita de cristal, inquisidora de nuestras oquedades, decidirá con un relincho nuestra suerte.

## Señoritas a caballo

En los lejanos años sesenta o setenta, la camioneta de una fábrica de toallas sanitarias visitaba cada año a los colegios. Sus tripulantes solían encerrar a las alumnas de secundaria —aquellas que comenzaban a pagar el rojo abono mensual, condena de las mujeres— en un salón, donde les proyectaban una película muy fácil de olvidar. Lo que permanece grabado en la memoria es el folleto rosa que después repartían a las azoradas elegidas. Se llamaba “Ya eres una señorita”. En él, intercaladas entre las loas a las toallas sanitarias y sus instrucciones de uso, venían una serie de consejas más bien espartanas. Afirmaban que la menstruación era algo muy natural, ya que, aparte de convertirla a una en señorita, no cambiaba la vida de nadie, de modo que la joven lectora debía olvidarse de deprimirse o meterse a la cama a padecer los cólicos y odiar al mundo. Incluso, insistía el folleto, era aconsejable y de todo punto necesario realizar las actividades normales de la vida diaria, como comer manzanas, nadar y montar a caballo. Con las toallas y los tampones, nada se iba a notar. Eran aquellas épocas de mucha liberación y también de mucha negación: aquí no pasaba nada; más importante era, en todo caso, evitar una mancha roja en la falda, el pantalón o lo que fuera que la señorita gustara ponerse cuando montara a caballo, actividad de lo más corriente entre la clase media mexicana que añoraba al campo. Yo, fuera de mi gato que por ningún motivo se iría a dejar montar, tenía un contacto muy restringido con el mundo animal. Recuerdo que leí el folleto con mucha atención y perplejidad. Luego lo llevé a la casa para anunciar

que ya era yo una señorita, puesto que el folleto lo decía. Mi familia no lo tomó demasiado en serio: hasta le compusimos una canción a mi papá en la que anunciábamos que él también, ¿por qué no?, ya era una señorita.

Pero siempre me inquietó aquel afán por negar los tremendísimos trastornos de la menstruación, sus revoluciones periódicas en el cuerpo de las mujeres. ¿Cómo se pretendía que en aquella fatídica semana una considerara toda clase de hechos con frialdad, raciocinio impoluto y buen humor juvenil? ¿A quién le podía caber en la cabeza que en ese estado una se iba a subir a la parte superior de un caballo, sobre todo si, además de no asustar a la inocente bestia, habría de cuidar no dejarle en los lomos ninguna clase de mancha delatora? En aquel estado de excepción —y en algunos casos, de emergencia—, la mayor crueldad era pedirnos que disimuláramos las molestias. Ahora bien —insisto en que eran épocas de liberación y negación simultáneas—, tampoco convenía a las mujeres abundar demasiado en dicho trastorno pasajero del cuerpo y de las emociones, cuando podría desvirtuar nuestra propia libertad, el poder conquistado con llanto y sangre: “La señora presidenta ha enviado al congreso esa iniciativa de ley a favor de la pena de muerte en un arranque de mal humor, pues tenía la regla, y muy arrepentida solicita a los señores diputados que, por favor, hagan como que nunca la recibieron”. No; no parecía conveniente para la lucha por la igualdad, teniendo en cuenta que en aquella época a nadie se le hubiera ocurrido decirle a su macho preferido que se le había subido la testosterona cuando se agarraba a golpes de coche, puño o dinero en la calle con otro de su especie, víctima también de sus hormonas, ni mucho menos decirle el ofensivo y punzante “ya cástate”. Los hombres no sufrían descontroles fisiológicos reflejados en el temperamento; si se ponían como ogros era a causa de la dignidad, la valentía, la fe, la fuerza, o un arranque de locura interesante como los que padecía Arturo de Córdova en las películas.

Dirán que afirmo esto porque tengo la regla, pero con los años he llegado a la conclusión de que, en realidad, la vida se parece a la menstruación, de modo que quienes la sufrimos nos adaptamos a ella mejor que quien se afane en una normalidad racional e hipotética que los acontecimientos niegan por completo. Es decir que la vida está llena de altibajos, arranques imprevistos, emociones súbitas y factores que escapan a nuestro control, de modo similar a la marea roja que se apodera de nosotras cada mes. La verdad es que nadie que yo conozca se trepa con cólicos al lomo de un caballo, a no ser aquellas señoritas de buenas familias que brotaban de tanto en tanto en el camellón de Miguel Ángel de Quevedo, montadas en caballos soberbios, arregladas a la usanza charra. Nadie sabía de dónde venían, a dónde iban, aderezadas con cintas y sombrero entre la avenida atestada de autos: quizá ellas sí seguían al pie de la letra los consejos dispensados por el folleto de las toallas sanitarias, eran señoritas menstruadoras, orgullosas de no caerse del equino ni reñir con él por causas hormonales. Me pregunto si mientras montaban comerían manzanas.

## El misterio de la bolsa de plástico

Siempre ha sido para mí un misterio la razón universal que lleva a las secretarias a andar casi siempre con una bolsa de plástico. En el metro, en los peseros y en las paradas de los autobuses, visten siempre con corrección, con gran esfuerzo, arman sus modelos gracias a los saldos de los almacenes y los coronan con la sempiterna bolsa de supermercado o de zapatería que revela su condición. En la oficina, una mirada de reojo al cajón del escritorio, si es certera y no se distrae con la torta a medio comer o el adorno cursi, regalo del novio o de la mamá, descubrirá la bolsa, paciente y oscura, esperando la hora de salida para pender del brazo de su dueña junto al eterno paraguas, la bolsa de mano y el pudibundo suéter.

Yo imagino que las secretarias cargan esa bolsa desde que existen, y que antaño, a falta de plástico, pudo haber sido de papel, de tela, o quizás de piedra. En realidad la bolsa siempre parecerá de piedra por su carácter de lastre, de carga inmemorial o de condena; habría que hacerla de mármol y lucirla en los museos, con un tejido de ónix asomando. Los contenidos de las bolsas han de ser bien diversos: el crochet, el pan de la merienda, la revista o un kilo de fruta, da igual. A veces da la impresión, al verlas paradas en la calle con gesto firme, que las secretarias llevan en esas bolsas algunas amarguras, algunas decepciones. Parecen un reproche a tanto ponerse bilet, pintarse el pelo, colorearse los ojos y la cara entera, llenarse los brazos de pulseras, los dedos de anillos y el alma de ilusiones, sólo para repetir “sí, licenciado” varias veces al día, como una invocación. Yo también, de protesta, me colgaría

del brazo una bolsa de supermercado, la más fea que encontrara, pero todo el día, y tomaría dictado con ella.

## Pedestales

Por alguna razón siempre he considerado a los tacones un privilegio de mi sexo: esperé toda la infancia para llevarlos. En alguna ocasión, incluso, recuerdo haber pensado de los hombres: “Pobres, no pueden llevar tacones”, y haberme condolido seriamente por esa limitación tan injusta. Ya sé que muchos hombres, sobre todo los altos, me dirán: ni los necesitamos. Los tacones estorban a una caminata decidida, acortan los pasos, constriñen los pies, tuercen la espalda, y quién sabe cuántas aberraciones más. Y se ha hablado mucho del fetichismo que provocan los tacones, de un galán de cine bebiendo champaña en una zapatilla de tacón de aguja, de un antiguo presidente que casi perdió un ojo por el tacón de la amante ofendida, de si son un instrumento de tremenda opresión similar a los arcaicos zapatos de las chinas que atrofiaban los pies al gusto goloso y cruel de los chinos. De sólo pensar en ello, una correría al clóset, tiraría los tacones por la ventana y usaría tenis hasta el día fatal en que tuviera que rendirlos a un ortopédico señor.

Ah, pero qué maravilla son los tacones, consuelo de las charras, que vuelven a las altas inalcanzables como diosas. Cuánto donaire proporcionan, amén de la altura; con qué gracia se estira la pantorrilla por su ancha o delgada intercesión. Son como una cuña, como un zócalo que nos acerca a las estatuas, como si alguien muy gentil nos llevara en una bandeja, y a la vez permiten pisar fuerte y ponerse flamenca en más de un sentido, cuando la ocasión lo requiere. Aunque ciertamente es difícil mantener el equilibrio en ellos, aunque disminuyen la rapidez del paso —lo

cual ayuda a no tomar decisiones apresuradas, hay que ver lo bueno en todo—, cosa rara, los tacones dan mucha seguridad. Quizá, en realidad, sería más alarmante para el enemigo un ejército en tacones que el regular con las botas de campaña. O por lo menos causaría más desconcierto: un ejército sonoro, firme y a la vez prudente, de móviles estatuas en coloridos zapatos de tacón.

Pero los tacones invitan a la danza más que a la guerra, y por eso incluso los hombres los usan en tantos bailes de origen popular: los gauchos, los flamencos, los irlandeses. Algo gentil, sensual y festivo, como el bilet, la peluca, el brasier, sucedáneos de las muñecas y también en ciertos casos de los soldaditos de plomo. Algo que dice: juguemos a ser grandes, aunque ya lo seamos, aunque nunca creamos que podemos serlo, para no quedar tan lejos del cielo.



## Una propuesta cívica

Por más que el cine, el video o las computadoras reproduzcan con exactitud suprema los rasgos de las grandes mujeres y los grandes hombres, todavía no sabemos a ciencia cierta cuánto van a durar aquellas imágenes, tan fugaces a fin de cuentas, tan susceptibles de desvanecerse en cualquier bombardeo o cambio climático. La historia ha demostrado que cuando se desea legar una efigie a la posteridad, el mármol o la piedra siguen siendo los materiales idóneos, díganlo si no las estatuas griegas y romanas tan bien conservadas hasta la fecha. Ahora bien, el problema, a mi modo de ver, es el vestuario. Al caer en desuso, la túnica en las estatuas de hombres célebres fue sustituida con eficacia por el austero traje masculino, con la corbata y las solapas labradas cuidadosamente, con honrosas excepciones como Cuauhtémoc, Villa y Zapata, quienes resultarían irreconocibles en estatua sin sus atuendos característicos. Pero ¿qué vamos a hacer cuando llegue el momento de hacer estatuas de las generaciones subsiguientes a la de 1960, tan proclives a lo estrafalario? ¿Cómo se verán los *blue jeans* en mármol? Y ni pensemos en los copetes *punks*, los trajes con estoperoles, las cabezas rapadas, los pantalones acampanados, los cabellos en estudiado desorden y todas las variantes que han sufrido los vestidos de las mujeres, igual de estatuables desde hace tiempo que sus compañeros hombres. Para decirlo en corto, con lo se viene usando, se corre el riesgo de que las estatuas de los grandes del futuro se confundan con anuncios de hamburguesería y terminen convertidas en chatarra. Por eso he pensado que sería de lo más

conveniente regresar a las túnicas de los antiguos y, para que las estatuas no falten a la verdad histórica, persuadir con buenas razones a quienes veamos que marchan derecho a la posteridad de que comiencen a lucirlas, aunque sea en los actos públicos. Por algo el mismísimo Aristóteles llevaba una. Se les puede decir que son cómodas, no oprimen el cuerpo y no hay problema con las tallas. Las túnicas pueden ser muy estéticas, bien llevadas, y mostrar los hombros, cuellos y piernas de quienes los deseen presumir, o bien cubrir totalmente, hasta la cabeza si quiere, a quienes sientan que la fealdad externa distrae de su enorme belleza interior: estos últimos pasarían a la posteridad como inspirados fantasmas. Cuando dicha costumbre se encuentre generalizada, se podrá instituir una Secretaría de Alta Costura para Estatuas, con sus intrincadas jefaturas y departamentos, que harán feliz al menos elegante de los burócratas. Ni en Francia, se dirá, ni en Nueva York, se ha alcanzado un grado tal de refinamiento. Pronto habrá quien, sin necesidad de méritos, luzca la túnica con el sólo propósito de que al morir se le haga una estatua, y en unos años será posible medir el narcisismo de los habitantes de Ciudad de México por la cantidad de túnicas que recorran sus calles.

## Ponte el suéter

Me llamo Ana García y soy adicta al suéter. Por alguna razón, quizá genética, pertenezco al gremio de los capitalinos provistos siempre de la prenda lanuda, por más que en el cielo luzca un sol esplendoroso o caiga de él una lluvia pertinaz que nos empa-pará a pesar de su protección, más simbólica que real. También sé que existen los dependientes del paraguas: lo esgrimen por las calles desde enero hasta diciembre, y si lo pierden, compran otro más grande, que también se perderá, pues dejarse el paraguas en las casas, el cine y los autobuses es parte de nuestro destino trágico. Pero yo dependo del suéter. Es una especie de desconfianza de nacimiento: sales de casa y en realidad no sabes dónde irás a parar; ¿qué tal si en aquel lugar borroso, lleno de peligros inimaginables, hace frío? También respondo a una orden materna que se graba con letras de oro en la corteza cerebral desde la infancia y que una repite a sus hijos con prontitud de perico nomás nacen —probablemente, si se grabaran todos los murmullos que se escuchan en las maternidades, se podría apreciar, en el fondo, un zumbido de mujeres despertando de la anestesia, sorprendidas de lo que sale de sus bocas: ponte el suéter, no hables con extraños, mira a los dos lados antes de cruzar—.

Los dependientes del suéter tenemos siempre un miembro inútil, que es el que lo carga; ya sea el brazo, el cual doblamos como si ayudáramos a cruzar la calle a una suave viejecita o a un gato surrealista, ya sea la mano, con la que nos ayudamos para echarlo por la espalda cual tamemes deportivos —este estilo es de hombres y me recuerda de manera inevitable a las películas

de César Costa, llenas de suéteres claros, adornados con una U o una Z o cualquier cosa—. Quien es joven se lo amarra a la cintura o se lo cuelga de la espalda dejándose las mangas sobre los hombros, como si alguien lo abrazara todo el tiempo —uno puede llegar a ver, si se aplica, que junto a su cuello asoma el rostro sonriente y triunfal, ciertamente un poco perverso, del suéter: por eso Cortázar escribió lo que escribió—. Así quedan libres los brazos para gesticular, pero las piernas deben tener cuidado y medir la velocidad de los pasos; en un descuido el suéter podría caer y despojarnos de su protección contra cualquier contrariedad climática o sentimental, pues no hay cosa más socorrida que llenar el suéter de lágrimas que la prenda nunca absorbe y ahogarse con la pelusa roja, gris, azul, y la nariz congestionada por el llanto. Los suéterdependientes salimos de nuestros hogares con la sensación de que algo limita nuestra libertad para que no se convierta en libertinaje, como decían los maestros de secundaria. Los que andamos en coche lo lanzamos al asiento de atrás, como a una compañía latosa pero indispensable. Imagínense qué haríamos de no cargar a aquella suerte de chaperón, quién nos podría parar: quizá nos echaríamos a correr en camiseta por el eje vial más cercano como caballos desbocados. Quítenme el suéter y conquistaré el mundo, dirán algunos muy aguerridos a quienes su mamá persigue, suéter en mano, por el periférico.

Uno de los momentos más luminosos en la historia nacional del suéter ha sido la del reinado del suéter de Chiconcuac; cuando el suéter triunfó sobre la sensualidad del estudiantado mexicano, y es bastante probable que a raíz de aquella época en que resultaba preferible ocultarse bajo la lana que tenerla, incluso en las manifestaciones más acaloradas o en los mítines más multitudinarios, la población haya disminuido de manera considerable. La verdad es que el Consejo Nacional de Población debería erigir un monumento a la contención reproductiva en aquel pueblo pintoresco.

Pero aquella época ya pasó; ahora reina la lucha contra los vicios y las adicciones. Por eso he decidido confesar, no sin esfuerzo, mi afición al suéter, a ver si logro vencer esta terrible dependencia que me ha convertido en la hazmerreír de mi familia y en una madre que acosa con el suéter a sus hijas. Lo malo es que se avecina el invierno.

## Los perdidos imperdibles

Mi abuela paterna, que además de maestra era costurera, sujetaba muestras de tela a las hojas de sus cuadernos con imperdibles. Quizá desconfiaba de los clips, o le parecían estar demasiado lejos del mundo de la mercería, que también era el suyo. Así, con el imperdible unía la tela y el papel, sus dos vocaciones, y de paso no dejaba que se perdieran.

Quién sabe a quién se le ocurrió sujetar las ropas con ese alfiler que esconde la aguda punta en una especie de media luna. Aquí le llaman seguro, en detrimento de la palabra “imperdible”, que para quienes perdemos todo constantemente resulta mágica y tranquilizadora. El imperdible parece un ojo que mira de soslayo o un pez que nada en los cuadros de las faldas de los escoceses o en los pañales de los bebés antiguos, envuelto en cuero o decorado con patos azules y rosas. Si algo no caracteriza a los imperdibles es ser seguros, y bajo su apariencia de ojo, de barco o de pez se hunden las bromas pesadas, pues la punta del alfiler tiene cierta proclividad a liberar la tensión que lo mantiene preso y causar desaguisados: si el imperdible falla, al escocés se le verá la ropa interior o algo peor, y la criatura en pañales se picará. Esa leve amenaza convierte al imperdible en el pariente pobre de los antiguos alfileres para el sombrero con que las damas castigaban a los varones imprudentes, o con el ostentoso fistol, motivo de diabólicas tramas literarias. Será por eso que en nuestros días ya nadie los usa, para ahorrarse sus amenazas, y si acaso se unen las telas con el mordelón zíper o el aburrido velcro, ambos tan escandalosos. Los últimos imperdibles duermen en

silencio, empequeñecidos y dorados, en las etiquetas de la ropa que compramos, y a veces desde ahí nos miran o bien saltan y pican, como peces.

## Temporada Otoño-Invierno

Sé que no me visto bien, ni cuido mucho mi apariencia, y mi vida es una sucesión de actos limitados por lo posible, pero me gusta mucho ver revistas de modas; constituyen para mí un placer tan culpable que no soy capaz de admitirlo abiertamente y comprarlas. Siempre estoy hojeando alguna en la caja del supermercado, en la peluquería, en las casas de amigas menos hipócritas que yo. Me gustan las revistas de modas por la vida que se muestra en ellas: la gente que las habita viste sus cuerpos espléndidos para el verano, para el invierno, se prepara el cutis para las vacaciones, hace dietas sin que entendamos para qué, pues nunca aparece gorda en ellas; un maquillaje irreal disfraza todos sus defectos, decora sus casas con hermosos materiales y vive en ellas feliz para siempre, como en los cuentos de hadas. Su vida transcurre en un reino ideal y paralelo, una Babia de puertas satinadas.

No me interesa lo que dice la letra banal y sosa de las revistas de moda, pero siempre me he preguntado qué piensan los modelos que viven en sus fotografías; no ellos, no las personas que posan y cuyas mentes han de ser tan tristemente humanas como la mía, sino los personajes que representan en las fotografías, esos seres disfrazados de distintas maneras que siempre están seduciendo, poseídos de una felicidad inhumana, mirando hacia algún lugar lejano, o provocando a alguien débil que los mira subyugado. Nadie real me ha mirando nunca así, desde una belleza tan perturbadora. ¿Qué reino es éste?, ¿es éste de verdad el reino de



nuestros deseos?, ¿se imaginarían así los griegos a sus dioses, tan eternos, tan perfectos como los modelos de Armani?

La triste verdad de las revistas es la sección donde aparecen los famosos: sus cirugías, sus divorcios, sus adicciones. Finalmente, ni siquiera aquellos que poseen todo el dinero del mundo para llevar la vida que manda la revista lo pueden hacer a la perfección. No pueden imitar la pose de esfinge de las modelos sin ensuciarla con una desastrosa adicción a la heroína, ni mostrar un trasero de cierva sin hablar de unos ataques de bulimia repugnantes. En realidad, la única perfección, la única felicidad y la única belleza parece estar en esas páginas concretas, en el delgado filo de su papel lustre impreso a todas las tintas necesarias, ni antes ni después de él: ni en el lado carente y deseoso de quien las mira, como a las sombras de la caverna de Platón, ni en las vidas de aquellos que las ilustran. No en la carne ni en la vida, ¿se dan cuenta?, sino en el papel que con tanta facilidad se rompe.

## Adentro de la voz

Escuchas una voz en el teléfono por cualquier razón; algo te proponen, algo te quieren decir o vender, es igual, y siempre aquella voz desconocida construye a una persona. Igual te ocurre con los locutores de la radio: de las voces atipladas deduces a gente flaca, o de las voces educadas a gente mayor. Cuántas personas con ropa y todo inventas a lo largo del día de sólo escuchar voces por el auricular: jóvenes desarrapados, viejos de casimir, morenos de ojos verdes, mujeres bajas de pelo rojo y aquellas secretarías que con la entonación se pretenden curvilíneas. Pero lo más asombroso es cuando conoces a las personas y constatas, de manera inevitable, que nada tienen que ver con lo que su voz te hizo imaginar: los morenos resultan rubios; los altos, chaparros, y los hombres juiciosos de edad madura, unos jovencitos delgados, temerosos. Siempre se produce un callado sacrificio, incluso cuando resulta ser más agradable de lo que imaginaste, a la hora de desechar a aquel desconocido durante el tiempo que medió entre haberlo escuchado y haberlo visto. Tenías una especie de familiaridad íntima con el Inventado, había surgido en ti un apego a la idea pura del aspecto que podía tener por el solo timbre de su voz: una especie de representación de su alma. Es extraño habituarse a ese desfase, como cuando sueñas que estás con alguien, y sabes que es esa persona, pero no acaba de parecerse o una parte suya está cambiada. Después te preguntas cómo te imaginarán aquellos que te escuchan en el teléfono sin conocerte; cuántas personas habrá dado a inventar tu voz, y a cuántas sacrificas con tu presencia.

## Nuestra señora de las piernas

Es notable el poder de los grandes cartelones publicitarios, los delirios que despiertan entre quienes los ven, día a día, al pasar frente a ellos. En una película italiana, un hombre esmirriado, timorato y católico se veía acosado en sueños por la figura enorme de una mujer que aparecía en un anuncio de leche, y que como si fuera una Godzilla sensual, no lo dejaba vivir. Del mismo modo, yo fui testigo de las pasiones que despertó en el Metro un anuncio de medias, a cuya protagonista bauticé como Nuestra Señora de las Piernas. Esta mujer tenía unas piernas bonitas, morenas y muy bien torneadas, que incluso no parecían llevar las medias puestas. Y llevaba, por lo que se alcanzaba a ver, un minivestido blanco. En realidad no estaba completa, pues le faltaban la cabeza, los brazos y el tronco, cosa que de algún modo me inquietaba. Una vez, mientras miraba el anuncio imaginando toda suerte de causas para aquella mutilación, tan sólo para matar el tiempo —por ejemplo que a los fabricantes de medias les interesa sólo la cuarta parte de la humanidad, o bien que quizá no mostraban completa a la modelo para no incitar a la gente a ponerse una media en la cabeza y lanzarse al robo—, me di cuenta de que alguien había pegado unas etiquetas en las piernas de la señora. A simple vista, daba la impresión de que la pobre se había tropezado y por ello le pusieron unas banditas, a modo de curación. Pero si uno se acercaba un poco, podía percatarse de que en las etiquetas estaban escritos letreros con pluma fuente azul, imprecaciones mojigatas como “no uses minifalda ni enseñes las piernas”, o bien que la minifalda estaba

contra la ley de Dios. Cosas así. La historia hasta aquel punto era jocosa, pues daba risa de sólo pensar en alguien que intentara tapar un par de piernas de tamaño considerable con letreros ridículos, pero no terminó ahí. Días después me encontré con que las etiquetas habían sido arrancadas, al parecer con las uñas por la forma irregular que adquirieron, como de manchas —la pobre señora se veía peor que con las curitas: ahora parecía tener mal del pinto—. Fue entonces cuando empecé a intuir que aquí se libraba una batalla silenciosa y encarnizada: ¿existirían adoradores de Nuestra Señora de las Piernas, incapaces de soportar semejante provocación? En los días siguientes, la imagen se llenó de dibujos y obscenidades trazados con torpe pluma atómica. Y ya no hubo quien intentara borrar semejante demostración de fuerza: quedaba claro que Nuestra Señora de las Piernas era un dios pagano al que, por lo visto, día a día los usuarios del Metro ofrendaban su libidinosa devoción. Aquellos recaditos de escuela monjil habían sido interpretados por los adeptos a la imagen como una profanación grave. En realidad, ella estaba ahí para encender pasiones, no para anunciar medias. Finalmente, una mañana me encontré el anuncio arrugado con violencia, como si alguien lo hubiera intentado sacar de la vitrina de plástico —como todos los santos, estaba en vitrina. Eso me convenció de que todo este asunto no era sino una sorda guerra de religión: ¿quién pondría ahora el anuncio en su sitio, para poderlo seguir llenando de *grafitis* orgiásticos? ¿Quién saldría, ferviente, a rescatar la imagen de Nuestra Señora de las Piernas? Dejé de viajar en el Metro en aquella dirección y ya no supe más. Dado el desenlace al que se suelen abandonar estas historias, es probable que la imagen de la santa con sus extremidades laceradas se encuentre hoy en la penumbra del salón de un coleccionista de reliquias, de aquellos que atesoran tibias, peronés y corazones en formol.

## El hombre de mi vida

Antes, cuando me carcomían las prisas, caminaba por debajo de la acera, a un lado de los vehículos; quizá me imaginaba que así me convertiría en algo parecido a uno de ellos y podría rebasar a los demás peatones. Viéndolo bien, quizá se trataba de una fantasía de mis piernas, las cuales a veces tratan de pensar por mí, ya me di cuenta. Caminando por debajo de la acera fue como me lo encontré, una mañana en que regresaba del supermercado de la esquina. Éramos los únicos peatones debajo de la acera y quizá eso nos situaba en otro plano de las cosas. Ciertamente su aspecto era un poco foráneo. Llamaban la atención, bajo la calva que le brillaba alegremente al sol, sus barbas crecidas, de estatua de jardín, que le colgaban del rostro como un peludo mandil encima de una camisa a cuadros, si bien aquel aspecto de gnomo quedaba ligeramente desmentido por unos ojos azules enormes, expresivos como los de un muñeco, los cuales flanqueaban a una nariz arábigo. Lo que sí era de este mundo era su atuendo: pantalón de mezclilla, la camisa a cuadros de leñador, el suéter y, sobre todo, las bolsas de supermercado que llevaba en ambas manos, al igual que yo. Ringo Starr disfrazado de gnomo y cargando unas bolsas de supermercado, pensé, sin darme cuenta de que no eran mi cabeza ni mis gustos más bien convencionales los que en ese momento guiaban el curso de mi vida, pues el destino es misterioso: reacios a abandonar nuestro inseguro carril de debajo de la banqueta, bolsas contra bolsas, manos contra manos, vinimos a dar el uno frente al otro y así permanecemos durante una extraña eternidad, detenidos,

mirándonos sin poder decir ni hacer nada, entre los automóviles y los peatones que con su movilidad no hacían sino resaltar nuestro pasmo. Recuerdo haberle ordenado a mis piernas que emprendieran discretamente unos pasos hacia un lado, algún salto pequeño, como bien saben y les gusta hacer en los bailes y las festividades; también les recordé que teníamos muchas cosas que hacer, ellas y yo, en aquella mañana fría, con aquel sol tan fuerte que se reflejaba en los techos de los autos y en las calvas de los hombres, y que estábamos perdiendo un tiempo muy valioso titubeando frente a aquel desconocido de curioso aspecto. Pero mis piernas se negaron a moverse durante un rato que me pareció en exceso largo, y supongo que a él también. Éste, según mis piernas, debe de ser el hombre de mi vida, terminé pensando; si no, no habría yo quedado inmovilizada de esta manera frente a él. Por fin mis piernas se animaron a moverse —satisfechas ya de saber que había recibido de manera satisfactoria su mensaje— y pude murmurar una disculpa, hacerme a un lado, subir a la banqueta y echar a andar.

Varios metros más adelante se me ocurrió que, en lugar de sonreír con cara de tonta y temblar con un poco de angustia, como hice, le pude haber dicho “¿bailamos?”, o quizá fueron mis piernas las que lo pensaron, pues en aquellas horas eran ellas las que decidían mi suerte, y las que, por lo visto, poseen gustos peculiares.

A veces veo al hombre que me aconsejarían mis piernas caminando por el vecindario; él con sus bolsas, yo con las mías, yo por encima de la banqueta, el por debajo, en el territorio un poco sesgado y mítico al que sin duda pertenece; lo cierto es que la barba le crece cada vez más y en mi interior acecha una duda que tiene que ver con pasmo y duendes. Lo que no le he mirado bien son las piernas.

## Matías Elías y la esposa celosa

Un miércoles cualquiera y yo sigo en cama. Lloro toda: los ojos, la nariz, las manos, la espalda; tiemblo de fiebre. A mi lado el frasquito de medicina homeopática que, me han dicho, me sumirá en el infierno por un día para que renazca al siguiente. Entonces suena el teléfono. Sólo espero que no me den una mala noticia. Mi voz gangosa ha de sonar horrible. Del otro lado, un silencio; luego una especie de tensión que no sé cómo oigo, pero la oigo, y al final una voz femenina, firme y furiosa.

—Soy la esposa de Matías Elías.

Espero que diga algo más.

—¿Sí?— insisto, tratando de ser amable, pensando que a lo mejor conozco al hombre del nombre que rima, pero lo he olvidado.

La mujer del otro lado de la línea resopla con impaciencia. Al final baja un poco la guardia y se explica:

—En el celular de mi esposo aparecen muchas llamadas que se han hecho desde su teléfono.

Con todo y el catarro me esfuerzo: le pregunto si ya revisó bien el número, si no lo ha confundido con el de un celular. La mujer insiste en que es este teléfono, y no acabo de entender la rabia en el tono, la tensión. Le digo que qué raro, aclaro que nosotros no conocemos a Matías Elías —de hacerlo, estoy segura, sería nuestro amigo preferido. De repente me pregunta con quién tiene el gusto.

Quién sabe de dónde hemos sacado esa expresión: en lugar de preguntarle a la gente quién es o cómo se llama, damos por

sentado que tenemos gusto en conocer a un desconocido al que por lo general no nos gusta nada conocer. Qué lugar tan raro es éste. Yo, siempre que oigo esa pregunta en el teléfono, pienso que me quieren vender algo y me pongo de mal humor. Respondo de mal modo que mi nombre no tiene importancia, que lo más conveniente es que llame al 050; que, quién lo duda, el servicio que da la compañía de teléfonos a cambio de sus cuotas nada módicas es una porquería y seguramente se trata de un error del servicio de rastreo de llamadas. Con la mejor voz que me permite el catarro, añado: “Que tenga un buen día”, y cuelgo.

Entonces me doy cuenta de que la mujer de Matías Elías no me iba a vender nada, sino que cree que he estado llamando a su esposo por causas sospechosas —para colmo le he dicho que mi nombre no tiene importancia—. Esto sólo pasa en las telenovelas, me digo, y pienso: va a volver a llamar. En efecto, el teléfono suena dos veces más. Tengo la sensación de que lo hace más fuerte que lo habitual; de que ella me está gritando a través de aquel timbre impertinente, pero no contesto. Por miedo, supongo —aunque el hecho de no contestar no podría interpretarse de manera más equívoca—, pero también porque no sé qué decirle. Ella escucha el mensaje de la contestadora y cuelga. A la segunda vez estará convencida de que la otra mujer de Matías Elías soy yo. La verdad me da tristeza; ese Matías debe ser de los que llegan oliendo a perfume. Cuánto tiempo ha de llevar la pobre corroída por la sospecha, hasta que aparece el número en el celular, el teléfono delator. Esa debe ser, se ha de haber dicho; ya lo volvió a llamar. Y el tiempo que ha de haber pasado pensando una buena frase para sorprender a la amante de Matías Elías. Quizá ni siquiera durmió: quería pescarla recién despertada, con la guardia baja luego de una noche de pasión, Matías Elías junto a ella, envuelto en un pijama de seda marrón. Y la frase fuerte, contundente, todo un reproche admirablemente sintetizado: —Soy la esposa de Matías Elías.



—Por fin te has enterado. Dile, Matías, dile que es a mí a quien amas.

La respuesta se me ocurrió como siete horas después. Por lo menos hubiera correspondido con dignidad literaria y melodramática a esa frase tan pensada, tan llena de implicaciones. Le hubiera dado sentido a tanto sufrimiento. Y no una queja banal contra la compañía telefónica, la voz gangosa y adormilada. Para que vean los de Teléfonos cómo destrozan nuestras vidas.



### III. ENVÉS



## Mudanzas

Una casa o un departamento son sitios que se estudian mientras se habitan; se fabrica aire de hogar, se cuentan pasos, se reconoce su pequeña geografía interior de pasillos, ventanas y rincones. Una casa es un lugar de ciegos que se va memorizando con el cuerpo, a tropezones y vueltas de perro, entre los golpes de luz de las ventanas y la oscuridad inerte y húmeda de los armarios. Es un lugar de masas y de sombras parecido a los sueños. En realidad, quién sabe qué país recorreremos al pasar y repasar diariamente una casa, buscando un jabón o un plato, entre tropiezos, distracciones y pensamientos fijos. Una casa es una especie de amor con adornos.

Como una casa es una especie de amor, a veces hay que recurrir a los divorcios, a los pesados trueques y negociaciones, para no ser asfixiado por los cortinajes, los techos bajos o la puerta del elevador: pintar las paredes de azul, quitar la alfombra o conseguir un gato. Como una casa no es exactamente un amor, se puede cambiar de casa, salir a la ciudad en busca de aquella que mantenga suspendida su pétrea respiración esperando a la nuestra, que guarde en el alféizar de sus ventanas el misterio de la predestinación. Hay casas hechas para esconderse y casas para robar, que viven al aire. Hay casas pobres o magníficas, desvergonzadas; casas que son sólo muros, ventanas o plantas; hay casas que sólo son desolación, cartón y fierro. Recorreremos con paciencia callejuelas desiertas o ruidosas avenidas; rejas, ventanas y puertas nos saludan en sucesión, muros con sus grietas de distintos colores, siempre con la incógnita de su interior. Los

números de las casas son interrogaciones, el timbre es el punto del acertijo. Por las casas sabemos que la masa no es una turba informe: cada quien hace de una casa o un departamento su caldo personal, una fórmula secreta de aluminio y mosaicos, de peluche o mantas o trastes de plástico con colonia. Yo soy yo y el tapiz verde de mis muebles. Yo soy yo y mi desodorante. Mi circunstancia es la cubeta roja a la mitad del patio, el olor de mi familia y de mi almohada.

Uno suele desear las casas enormes, palaciegas, que jamás podría pagar. Peor aún, a mí se me antojan las casas ocupadas, con señora, perro, cocinera y mozo. ¿Qué vida guardan las casonas de altas tapias, las casas pequeñas de reja de metal, los departamentos grandes o pequeños, con balcón o interfón, los multifamiliares? Hay quien quisiera ser invisible y poderse sentar con comodidad a ver la vida de la gente adentro de su casa. También me gustaría que me dejaran probar la comida. En muchas casas bonitas o tristonas quisiera yo pasar dos o tres semanas, escuchando a los hijos rebeldes con paciencia, comiendo sus pesadas albóndigas o su fino caviar, ayudando a lavar a la señora, viendo pasar vidas melancólicas o estruendosas. Sobre todo, ver pasar sus vidas. En cada casa hay historias, pueriles o grandiosas; en cada casa algo ocurre, en medio de latas viejas de sopa, o de copas de cristal y hasta de rifles.

Ya encontramos una casa y ahora fabricamos islotes con los muebles, lagos entre los sillones, murallas de libros tan impenetrables como nuestras costumbres más bobas. Con la alfombra del pasillo hay que simular un camino fijo y terregoso, propio para la meditación. Hay que habitar la casa nueva de costumbres y palabras enigmáticas e inútiles, instalar después nuestras personas con el olor, las manías, los adornos que recuerdan cosas que nunca recordamos, o que defienden un arte que nadie ha atacado. Debemos rondar las habitaciones y dar por la sala y la cocina las vueltas ciegas de todos los días, hasta que nos aprendamos el

sitio, lo amemos, lo odiamos, nos hartemos del pasillo, del baño y de nosotros mismos, hasta que otra vez llegue el día en que nos queramos cambiar. Quizás, pero esto no importa tanto, después de muchos años o al final de la vida nos demos cuenta de que en todas las casas hemos hecho siempre la misma casa, idéntica a nuestros pasos, al territorio borroso y húmedo de nuestras almas errabundas, de nuestras costumbres individuales que reflejan lo que somos, un acertijo, una adivinanza, la pregunta que trazan siempre las moscas con su vuelo inútil sobre la mesa del comedor.

## Amor y cátsup

Los supermercados ya lo abarcan todo. Antes, recolectar lo que necesitábamos en una casa representaba cierta movilidad, una peregrinación de tienda en tienda, en otros barrios. La diversidad de los comercios reflejaba la diversidad del mundo, y aunque arbitraria, gracias a ella existía una clasificación de los objetos, de orden similar a la que los biólogos realizan con las plantas y los animales: el mercado, la farmacia, la tlapalería, la papelería. Estos lugares conformaban un mapa, un mundo de viajes por la ciudad con sus entrecruzamientos y sus pequeñas aventuras, sus encuentros. De repente, el miedo a avanzar demasiado lejos de nuestro territorio, y quizá no poder regresar, halla en estos lugares que lo devoran todo la respuesta a todos los deseos, los cándidos y los lujuriosos.

El mundo cabe ahora en los supermercados: el orden de las calles es el de sus pasillos y nuestras emociones se asemejan cada vez más a las buenas ofertas, a la comida que ahí se ofrece gratuitamente bajo aquella luz blanquecina que no se apaga nunca. Siempre cerca, nos llaman a todas horas, todos los días. Incluso existen algunos que abren sólo de noche para que los solteros se espíen entre anaquel y anaquel. Se escogerán entre sí con la misma parsimonia con que estudian qué lechuga llevarse, si la romana, si la francesa; a ver si el joven del carrito repleto de cajas de cereal no tiene alguna parte podrida, una fecha de caducidad pasada ya; si no saldrá, a fin de cuentas, demasiado caro.

A lo mejor el amor verdadero es el que florece entre las latas de sardinas y el huitlacoche importado, como florecerá, dentro



de algunos lustros, en naves espaciales con día eterno de neón. Los supermercados quieren colmar nuestras emociones y de hecho parecen discotecas: todos brillan y lo invitan a uno a deslizarse por el pasillo de las verduras a ritmo de música variada. Cuán brillantes y verdes se ven los pimientos bajo el influjo de las cumbias, con qué alegría de fiesta danzan los carritos mientras se llenan de salchichones, grabadoras, maquillajes y exóticas frutas; cómo pasean melancólicos, a ritmo de vals, para comprar pañuelos de papel. Nuestra vida interior y nuestra vida exterior acabarán por transcurrir en aquel lugar inmenso como una ópera completa con sus *andantes*, *allegretos*, momentos vacíos y momentos triunfales, que coincidirán de manera no exenta de misterio con el *shampoo*, las especias y los pañales. Nuestra vida será una trama de jabones a ritmo de rock, tomates con fondo de Charlie Parker y Gerber con Stravinsky y batería.

Y al igual que al salir de Bellas Artes uno siente cierta pesadez, cierto vacío existencial, al llegar a la caja sentiremos que toda esa saga ondulante de luces, seducciones, tonadillas y aires majestuosos cae en el vacío, rueda por el suelo como nuestras monedas, mientras devolvemos la mitad del carrito y despedimos con la mirada a aquel joven que se veía tan lozano, tan apetitoso, pero que, ay, no podremos pagar. Quizá terminaremos por buscar, en otro sitio lejano, nuestra vida.

## Elogio del mesero

Cómo consuelan los meseros de cualquier pena. Cuán tranquilizante es la llegada, casi con trompetas, de sus largos brazos enfundados en albo algodón, que acercan la silla, que traen el cubierto, que ponen la servilleta blanca en el regazo, muestran el vino o acercan la sal, guiados a besos por el *maître*, pingüino sapiente, gran coreógrafo de tenedores, copas y manteles, anticipador de la gloria y el postrer postre. Meseros pulcros como enfermeras, que administran el alcohol en persuasiva inyección, reyes del malabar y del paladar, patinadores excelsos, equilibristas natos. No hay nada más espectacular que sus charolas flotando entre la multitud, cuanto traen adornados manjares y se llevan los restos de los platos para que el comensal no se contagie de su melancolía. ¡Ah! ¡Y cómo son cerrados y malos como tapias a la hora de traer la cuenta, hurgan con la mirada en los bolsillos y en las carteras, miran el dinero con aparente desprecio, y sin embargo deducen porcentajes y hacen raíces cuadradas esperando encontrar sus exactos resultados en las monedas que deja el mimado cliente sobre la mesa! Nunca olvidan un rostro avaro: jamás volverán a bailar frente a aquél su danza de los siete manteles y las siete servilletas.

Meseros que regresan a sus casas y quizás piensan con pena que les duelen las piernas y los brazos de tanto deslizarse entre gente sentada y cómoda con la servilleta en el regazo, que son sólo un trozo de escenografía, el aristotélico motor de platos, vasos y cucharas. Meseros que también están siempre en otra parte, en la vida que existe afuera del restaurante, y que debe de ser

muy variada: seguro hay meseros doctores, meseros ingenieros, meseros cantantes, meseros jardineros, juntando centavos para no ser mesero. Y sin embargo, ser mesero debe ser tan absorbente como una cirugía mayor, o como una sesión de consejería legal. Los meseros podrían, si se pusieran a protestar por las calles, montar musicales en el Zócalo, presumir de su resistencia para permanecer de pie durante muchas horas, trayendo y llevando pancartas, charolas gigantes de peticiones; paralizarían la ciudad entera, dejando a todos los comensales sentados solos en los restaurantes, clamando por su mesero. ¡Ah, cuán necesarios son, cómo sustituyen el ancestral cariño de los padres! Acaben con la propiedad privada si quieren, pero nunca dejen sin trabajo a los albos meseros: muchos ciudadanos, estoy segura, de aquellos que no tienen hogar, sino cantina, café o restaurante, quedarían en la más desesperada orfandad.

## El ciego emprendedor y el resignado

Derrumbado en el asiento de plástico del Metro, el traje luido, devastado por el peregrinar de una oficina a otra, el rostro pálido y los ojos rojizos, era todo él una antesala, con la sección de empleos y el portafolio sobre las piernas. Treinta y tantos y muchos hijos, casi se los podía contar en las arrugas del traje marrón, replanchado y recosido con fe, con la certidumbre de que el traje posee poderes mágicos, el traje inspira confianza. Un fracaso sentado bajo aquellos cartelones que lanzan a la gente al estudio de la contaduría o la computación con exhortaciones guerreras: triunfe, haga la secundaria en tres horas, usted tiene futuro. Este pobre venía de regreso del futuro, con la frase en los labios de vieja ya la hicimos, y hasta a veces parecía practicar la frase en la garganta obstruida por un sollozo.

Luego subió uno de tantos ciegos del carnaval del Metro, y quizás no me hubiera llamado la atención —que si el personaje popular, que si el folclor urbano, qué reiteraciones— si no fuera porque cargaba en lugar de guitarrón o armónica un sintetizador Casio en el que tenía programada toda una base armónica y rítmica, y para ejecutar su corrido le bastaron dos perezosos dedos. Se le veía futuro, al ciego: con lo que recolectara podría comprar dos bocinitas y un banco e instalarse afuera de una cantina; luego, adentro; luego en un restaurante, tras mejorar un poco el equipo de sonido. Y así mi lechera particular, con sus cuentas, logró que el ciego formara parte de los Tigres del Norte y que pusiera su propio negocio de sintetizadores.

Pero el otro tenía instalada en el alma la zozobra del empleado y el cansancio en los ojos, a fuerza de añorar el sueño y los veinte años, que se le iba a quedar ya para siempre, aunque la antesala próxima fuera corta y lo atendiera un subdirector. Y mientras veía al ciego con el temor de que se diera cuenta de que lo estaba mirando, como siempre ocurre con los ciegos, pensaba en la economía de mercado y en la sabia inversión que representaba el Casio. El otro, el resignado, el que sólo había invertido miradas suplicantes, caminatas y frases aprendidas de manual, parecía derrotado de antemano, desde los años cincuenta en que habría nacido y las películas neorrealistas anticipaban su destino, y quizá sólo por eso me despertaba más simpatía: por su falta de astucia, su resignada imprevisión. Y cuando me volteó a ver —él, claro, no el ciego—, maldije la tentación de escribir sobre él y hasta en eso sentí que abusaba de su suerte, igual que todos los que le negaban a diario la contratación.

## Nuestro mudo

Todo mundo tiene hijos, perro, gato, lagartija, peces o mudo, a escoger. El mudo es el más sencillo de mantener de todos: no hay que pagarle comida ni alojamiento ni educación. Uno no recuerda que lo tiene, hasta que suena el teléfono y el mudo se reporta. Hay mudos que respiran, mudos que jadean y mudos que ponen música. Existen mudos discretos, que llaman una sola vez, a cierta hora del día, y mudos histéricos —no es algo fácil de concebir— que llaman varias veces seguidas. Y nunca dicen nada, por supuesto —si no, serían el perverso, el equivocado o el chamaco impertinente, según lo que digan, pero no mudos—. A veces uno tiene la ilusión de que ha logrado develar la identidad del mudo: en un matrimonio, cada uno le achaca el mudo al cónyuge; es el otro, o la otra, dicen, que llama para vigilar a uno de los consortes, o para darle a entender que no puede verlo a las ocho. Pero esos no son mudos de verdad; tampoco el posible ladrón, que llama para ver si la casa está vacía. El Mudo, el misterioso mudo que no es nadie conocido, ni un ladrón, ése sí que es una gran mascota. No es sólo inaudible; también es invisible, pero tiene mucho carácter y mucha independencia. Cuando viene, es de lo más notorio, no puede pasar desapercibido. Luego se exilia durante varias semanas, meses quizás. Un buen día regresa y nos quedamos con la duda de si será el mismo o si nuestro mudo le habrá dado nuestro teléfono a otro mudo más pertinaz.

Es muy probable que en Teléfonos de México exista la Dirección General de Mudos, con todos sus departamentos, que nadie puede ver. Ahí los mudos se dedican a callar por teléfono

mientras miran revistas sin letras, ponen la mente en blanco o llenan formas burocráticas con tinta invisible, en lo que encuentran un hogar al cual pertenecer. Un hogar cuyos habitantes se sientan orgullosos de una mascota así, y anuncien a sus visitas: tenemos un nuevo mudo, llama cien veces al día. Yo me pregunto si los mudos tendrán una escuela en la que se les enseñe a marcar por teléfono, si se comunicarán sus experiencias, si dejarán en algún momento la mudez, como deja uno el alcohol o la soltería. En ese caso, sería recomendable que se inaugurase un teléfono para mudos, algo así como “Mudos anónimos las 24 horas”, para que callen sus problemas entre ellos o consulten a un especialista, sordo de preferencia.

## Ir al cine

Yo era bastante chica, pero me acuerdo bien de los noticieros cinematográficos. Antes de la película, aparecía Demetrio Bilbao asomado al lente de una cámara antediluviana, y después de eso venían unas escenas muy variadas, a saber: unos refrescos desfilando en la banda de una fábrica al son de un jazz, de preferencia de vibráfono; el presidente de la república cortando un listón para inaugurar alguna cosa en medio de funcionarios y señoras de largo que palmoteaban como focas; unos clavadistas en la Quebrada de Acapulco, y al final, unos anuncios de la rubia Superior. Para esas alturas me encontraba yo rascando con afán mi copa de helado de tres sabores y lamentando que no me hubiera durado hasta que empezara la película. Antes los cines eran enormes como el circo romano y en algunos había estatuas, aburridas de ver tantas semanas la misma función doble. Siempre se le pegaba a uno en el zapato algo de lo más sospechoso; en la pantalla caían unas rayas amarillas —se llamaban muy poéticamente “lluvia”—, como si el gato del cine hubiese retozado con la copia, y uno siempre sabía en qué rollo iba la película, porque el número saltaba con total impudicia a mitad de la escena más emocionante. Ir al cine era una experiencia cavernícola y los críticos se quejaban de que la gente, al masticar las palomitas, arruinaba las obras de Bergman.

Ahora ya no se le pega a uno nada en el zapato. Las salas son diminutas, sus alfombras mullidas, las butacas comodísimas, las golosinas pantagruélicas; nada más llegar lo recibe a uno el aire acondicionado. Y ya no hay noticieros cinematográficos. Se ve,



eso sí, una cantidad exagerada de comerciales, que son los de la televisión pero en versiones más largas. Pasan los veinte minutos de comerciales y llegan otros veinte de avances de otras películas, cada uno con el pequeño anuncio de la compañía productora y la distribuidora, con un notable efecto especial. Para esas alturas, el aire acondicionado da un poco de frío; el mullido sillón, bastante sueño. Uno se ha terminado un galón de refresco y una cubeta de palomitas, e incluso ha olvidado qué película había ido a ver. Y no ayudan a recordarlo el anuncio del cine en el que uno se encuentra ni el del sistema de sonido. Pues ¿qué vine a escuchar?, se pregunta uno ya dormido, mientras los críticos roncan con sonido Dolby. La verdad es que tanta pompa y solemnidad tecnológica me abruma: ya la fábrica de refrescos y el presidente que corta el listón me parecen un paraíso perdido, con todo y el pegoste en la suela del zapato.

## Leer ajeno

El tal lord Blyhte era un monstruo inhumano. Esperó a la pobre-cita Sophie en su limosina, y una vez adentro la incauta, le trató de ensartar por la fuerza un anillo de compromiso en el dedo. Ella luchaba por liberarse y no lo conseguía. “Entonces sus ojos se cubrieron de lágrimas, y a sus labios acudió la terrible confesión”. ¿Cuál confesión? La secretaria que ha estado leyendo la novelita rosa la cierra y casi me atropella para salir del asiento triple que compartimos las dos con un gordo en el minibús. Pero ¿qué le confesó Sophie al malvado lord Blythe? Jamás lo sabré. La mala costumbre de leer ajeno en los peseros y autobuses me ha dejado siempre a la mitad de muchas novelas rosas, un curso de mercadotecnia o un libro sobre cómo ser feliz. Nunca he logrado saber si el vaquero Joel tuvo suerte con la piernuda heroína en un cómic de esos que se llaman *Vaquero* o *Las sabrosas del tráiler*. Y no sólo porque la lectora o el lector oficial se bajan del vehículo; otros me descubren leyendo por encima del hombro y se ofuscan, me lanzan una mirada fulminante que me deja ciega de la vergüenza. Hay que arreglárselas para leer rápido sin ser descubierto, fingir que no vemos cuando el otro nos ve, mirar al techo cuando cierra el libro y se queda pensando —¿en qué se quedará pensando?— para clavarla de vuelta en la línea que quedó pendiente apenas vuelve a abrir esa lectura tan apetitosa, tan distinta, tan hija del azar. Yo en realidad quisiera que me preguntaran, antes de pasar la página, si ya terminé y podemos continuar. De sorprender a alguien leyendo por encima

del hombre lo haría, pero los demás también tuercen la mirada como si se estuviesen asomando a una recámara ajena.

Ciertamente, leer ajeno entra en la categoría de espiar por las ventanas o de mirar los calzones. Tiene el encanto de enterarse de cosas que uno jamás ve, de saber qué dicen los libros y las revistas que jamás compraría, esa parte ajena y extendida del mundo que abarca la rareza de sus portadores: un trozo de paraíso robado, un pequeño viaje a tierras no por despreciadas menos interesantes. Es un deporte que sólo se practica a gusto en los lugares atestados; donde otras manos se dedican al robo de carteras o a palpar carnes ajenas y agraviadas, la mirada roba historias, noticias, consejos o tonterías. En los peseros de antes, aquellos autos que muelleaban dulcemente licuando a siete pasajeros que excedían el cupo, lograba uno terminar capítulos enteros del libro del señor de encima —era difícil estar al lado de alguien— en un trayecto largo. Pero leer ajeno se ha vuelto más difícil conforme los transportes se agrandan. Ahora no hay manera de evitar que nos descubran al agacharnos para amarrar el zapato y así leer un artículo del *Ovaciones* que se encuentra hasta abajo de la plana y dice, ¡ay!, “continúa en la página 10”. O bien el dueño del periódico llega a destino, pero la página 10 no llega nunca.

## Ese hospital no es hotel

Para quienes cuidan a un enfermo, los hospitales siempre tienen algo de espectáculo. Las teatrales entradas a la habitación de enfermeras y doctores con su extraña utilería, las expectativas, las noticias, las recaídas, los sustos, todo conforma un clima psicológico muy similar al de una obra más bien espeluznante. A fin de cuentas, al acompañante del enfermo no le queda más remedio que sentarse, esperar y ver; algunas veces podrá tomar decisiones que nunca sabe si son buenas, y que en última instancia podrán llegar a consistir, si hay suerte y dinero, en cambiar a su enfermo de hospital e ir a otro sitio a ver cómo entran a la habitación otras enfermeras y otros doctores con sus vestuarios blancos y sus instrumentos. Las angustias por que la cosa no empeore y las ilusiones de salir de ahí se alternan con muchas horas muertas mirando la televisión, leyendo el mismo periódico incontables veces o repasando la misma frase del libro en el que no se avanza, viendo dormir a nuestro paciente, fungiendo de huésped de las visitas y haciéndose preguntas siempre extremas. El sentido tantas veces trágico o angustioso de la situación se mezcla con una banalidad blanca de limbo o de antesala del infierno, ajena al mundo exterior, en la que los horarios y las costumbres se encuentran trastocados: se desayuna a las cinco, se toma la temperatura a las dos de la madrugada. La calma de los hospitales guarda siempre la horrible amenaza de no salir de ahí. Es decir, que son necesarios pero en nuestro interior también percibimos que son peligrosos, como cualquier lugar en el que uno se encuentra inerte en manos de otros.

Con el tiempo, los hospitales privados se han ido convirtiendo en hoteles —quizá para llevar la contra al eslogan de 1968 de “ese hotel será hospital”—, de los cuales uno opina en los mismos términos que un huésped de balneario: si tienen televisión, si hay baño en el cuarto, si las enfermeras acuden pronto. Eso da, a quien tiene medios para ingresar a uno de ellos, cierta sensación de poder y a veces hasta de lujo, sobre todo en los partos. Pero no hay engaño: algo siempre nos recordará que nos encontramos esperando en el limbo, ya sea aquella blancura tan artificial, como de nubes, ya sea aquel maldito y persistente olor, o el silencio que nos imponemos todos los que estamos ahí, como los espectadores de un teatro, y que en realidad encubre tantos gritos.

## El reino de la libertad

Hay muchas personas a las que no les queda más remedio que pasar el día en oficinas. Ya sea en el gobierno o en las compañías de nombre enigmático y sonoro, la antigua burocracia de reloj está mal vista. Yo los oigo decir: “El estilo del licenciado es trabajar y trabajar”. Y si el licenciado no tiene hora de convertirse en lobo ni en cenicienta, los empleados deberán esperar. En las compañías privadas, el jefe es esforzado y pone el ejemplo; en la burocracia, permanece todo el día en la silla cuidándola, como un don Porfirio de engrapadora. Entonces nadie se atreve a irse antes que el jefe; entre otras cosas, perdería el puesto. Antes los oficinistas esperaban sentados a que diera la hora de salir; ahora ven que aquella hora se aleja conforme el día avanza. Amenazados todos con el despido, con la fila de aspirantes que aspiran y esperan cualquiera de sus tropiezos, o con la desaparición súbita de sus labores, los oficinistas han dejado de considerar al mundo exterior como una realidad tangible.

Ya los he visto llenar sus escritorios de servilletas y platos y refrescos al mediodía, y por un momento remedan a su hogar, antes de que lo invadan de nuevo las tarjetas, las engrapadoras y el café que nunca logra colmar sus ansiedades. Como los antiguos, consideran que el mundo es cuadrado y termina donde el elevador; las minucias privadas son algo que resuelve alguien a quien recuerdan vagamente, detrás del cristal que separa a la oficina de un exterior borroso e improbable. Luego comienzan a fantasear con hacer toda su vida en aquel universo; escogen, por ejemplo, a su nuevo amor entre las mujeres y los hombres que

cruzan el pasillo y consideran a los escritorios un sucedáneo duro pero factible de la cama, una cama con sábanas de papel. A veces creen escapar de la oficina por la pantalla de la computadora hacia el frío internet y luego no entienden por qué siguen en su silla si fueron tan lejos. Cuando se les pregunta cuáles son los países del mundo, responden que el despacho del director, el cubículo 12 y la administración. Los religiosos aseguran que Dios creó a la oficina y los ecologistas están seguros de que el aire de la lonchería de junto es sumamente tóxico. Cuando llegan a sus casas a horas improbables, no pueden cortar el hilo de las intrigas, los deberes, los afectos o los desafectos de la oficina. Hasta su mamá empieza a dudar de si no los parió en una silla giratoria; si no son, en realidad, hijos de un desliz que tuvo con un fólter.

Así es la vida de los que trabajan ahora en las oficinas. Llegará el día, van ustedes a ver, en que los oficinistas nacionalizarán sus escritorios y les pondrán nombres aireados, como El Reino de la Libertad.

## Un albañil en tu ventana

Yo pensaba que tener albañiles trabajando en la casa de junto no era un fenómeno selectivo, que le podía tocar a uno como a cualquiera, sin distinción de credos o preferencias sexuales, pero hay unos que sólo nos corresponden a nosotros. Primero nos quejábamos de sus mazazos contra la pared del dormitorio, incluso nos poníamos en guardia contra el posible derrumbe del muro y nuestra aparición en pijama a mitad de las ruinas de la casa. Pero después de unas semanas de dormir vestidos, nos terminamos acostumbrando al golpeteo, y a su ritmo ejecutaba mi esposo sus ejercicios, o batía yo las yemas de algún flan. También al principio, la aparición de albañiles encementados y burlones afuera de todas las ventanas de la casa provocó en nosotros, de manera sucesiva, vergüenza, ira y exhibicionismo. Al final adquirimos la costumbre de decir buenos días o buenas tardes en cualquier momento o lugar, no fuera a estar un albañil presente al que no hubiésemos saludado. Como remedio, mi marido se animó a poner las cortinas que, por cierto, nos hacían mucha falta, pero a mí me daban un poco de claustrofobia, y no dejaba de imaginar, ni siquiera en el cine, que detrás de toda cortina había un albañil midiendo, batiendo, pegando, chiflando, aplanando o tomando refresco, que son más o menos las cosas que les veía hacer. Ya aislados con las cortinas, el problema fue salir o entrar a la casa, para lo que era necesario cruzar un mar de cemento pegado a las escaleras con unos albañiles prometiendo que ya iban a barrer, o bien sortear unos albañiles pegados con cemento a las escaleras. Conforme salía y entraba a la



casa, los albañiles me miraban con ojo crítico; parecían decir: ¿ya tan temprano llegó de trabajar?, o ¿ya se va usted a la plaza con la niña? Sus comentarios mudos me hacían dudar de la sensatez de mis actividades. Un día, la pared de la sala, cuya humedad consideraba yo arreglada gracias a la labor destructiva de los albañiles con la casa de al lado, amaneció con una grieta de pared a pared, que nos permitió ver un pedazo de cielo y a otros albañiles más que no conocíamos. Gracias a Dios la arreglaron y tuvimos albañiles adentro de la casa. Por fin un día, tras haber tirado, levantado y vuelto a tirar durante varios meses diversas construcciones como niños con su castillo de arena, los albañiles terminaron un búnker de tres pisos junto a mi casa que ya no nos dejaba ver ni el Ajusco ni la azotea del otro lado. Para consolarnos, nos fuimos a Veracruz a vacacionar, y justo junto a nuestra ventana, en el hotel, había una pequeña obra. Por la mañana, aquellos albañiles martillaban al ritmo marcial que señalaba la ceremonia de la bandera que hacen los marinos frente al muelle en las mañanas. ¿Nos estarían siguiendo? ¿Serían los mismos? Preferí no averiguarlo. De regreso a la ciudad, el búnker de al lado ya tenía puertas, ventanas y macetas: se acabaron los albañiles, pensamos felices, quizá los dejamos en Veracruz. Pero no es verdad. Ayer vinieron de nuevo, sonoros, inexorables: mi marido se puso a hacer sus ejercicios y yo a batir unas claras, esperando sólo no desfallecer frente a estos albañiles que nos corresponden sólo a nosotros y a cuyo ritmo marchan nuestras vidas.

## El Mago, S. A.

En la acera caminan arrastrando los pies, pero al tocar un timbre reviven, yo no sé cómo lo hacen. A veces sólo venden unos camotes que han viajado muchas leguas esperanzadas, y que duermen en sus cajas como princesas esperando a que se las despierte. Esos se van al primer no, como los vendedores de ajos que pasan en las noches, o los que de cobijas que son su propio escaparate. Mientras más ciudadanos, más tenaces: quieren siempre hablar con la señora de la casa, y no malgastan saliva con la sirvienta ni con los niños. Y cuando la señora sale a recibirlos, la atontan de golpe con un discurso preparado. Los puedo imaginar memorizándolo en los parques bajo el sol, o en vagones de metro atestados, practicando la sonrisa más cordial, repitiéndose en cada esquina buenos días, vengo de la fábrica El Mago, S. A., a ofrecerle este práctico sacacorchos, por ejemplo. Y si la señora es crédula, o no sabe cómo interrumpir ese discurso tan bien recitado, los verá extraer sacacorchos, pelapapas y ralladores de queso del portafolio negro, un acto verdaderamente surrealista; he visto uno que traía entre sus papeles zanahorias, papas y verdes apios para hacer su demostración de rallado, picado y cuadrulado de verduras. Para convencer a la señora, es increíble, recurren a toda clase de tácticas. Le dicen que su supervisor los va a regañar si no hacen la demostración, y la señora busca a un inspector Clouzot revisando con lupa a los vendedores entre los transeúntes llenos de indiferencia; luego la asustan a una con la oportunidad única y fugaz: este recetario lo venden en mil pesos en Sanborn's, ¿será la señora capaz de malgastar

la oportunidad de comprarlo ahora por cien? La calle es un río de oportunidades e inspectores, y la señora sonámbula en su guarida no se da cuenta. Hay otros de clase social superior: esos no cargan nada, regalan demostraciones, revisiones gratuitas de la aspiradora, y piden de la manera más amable que la señora les permita entrar a su hogar. Nooo, dice la señora muy asustada. Y en el portafolio llevan, qué decepción, sólo papeles, listas, pequeñas tarjetas; recurren a la psicología, dicen que ellos vienen a regalar, no a vender. Traen acompañantes chaparros, un traje marrón que bajo el sol los hace sudar, pero son campeones de la sonrisa seca y la apariencia incólume. A estos, el no de la señora les ha de producir agobio, las puertas que se les cierran en la sonrisa, el traje tantas veces planchado. Y en las peores pesadillas de todos, los humildes y los trajeados, han de aparecer muchas señoras de mandil armadas de su puerta o su ventana, negándoles su atención, su tiempo y su dinero, y añadiendo, lo que debe ser peor, un gracias distraído, mientras miran al cielo o a la olla express y dejan pasar la oportunidad de su vida.

## El Volkswagen melancólico

Este hombre pasa los domingos junto a su coche. Y no es porque tenga un Volvo, o un Mercedes Benz, uno de esos autos tan elegantes que cualquier tiempo con ellos resulta insuficiente para pagarse el gasto de haberlos adquirido y el miedo a perderlos. No, este hombre es un señor sencillo y es dueño de un sencillo Volkswagen rojo de modelo pasado, el cual ni siquiera se encuentra en buenas condiciones: sufre de abolladuras por aquí y por allá, e incluso en ciertas zonas la pintura está un poco descapelada y deja ver un anaranjado antiguo. Sin embargo, este hombre lo limpia durante todo el domingo con un esmero verdaderamente sospechoso, digno de otro auto que no es el suyo. Créanme: salgo temprano en la mañana y ahí está con la cubeta y el trapo, al lado de su coche. Regreso y sigue ahí; apenas ha lavado una parte y se ha quedado mirando a la lejanía, hacia el restaurante de la esquina. No sé con qué sueña, pero no se aleja ni un centímetro del auto. Cuando salimos a comer al mediodía saludo por tercera vez a este hombre, que ya lavó el coche y ahora escucha la radio sentado en el interior. A veces levanta una mano que quisiera ser amigable. De regreso, como a las seis de la tarde, uno pensaría que ya se habrá guarecido en su casa, pero no, ahí está, mirando al cielo con expresión preocupada porque va a llover —aquí en las tardes, si no llueve, el cielo se las arregla para aparentar que va a hacerlo y alimentar así nuestra zozobra— y el coche lavado con tanto afán se le volverá a ensuciar. Tan preocupado se encuentra que ni siquiera saluda. Ya no sé a qué horas se mete a su casa, si es que lo hace. Y si alguna

urgencia me obliga a salir de noche a la farmacia, cuando veo el Volkswagen estacionado, solo en su lugar, no sé por qué imagino que ese hombre ha de seguir ahí adentro.

Una mujer que trabajaba con nosotros los martes, los jueves y los viernes recurría también al lavado para alargar el tiempo. Cuando la veía afanada en limpiar unas ollas que no lo necesitaban, o en planchar cuidadosamente la ropa *wash and wear*, yo sabía que estaba muy ocupada en no regresar a su casa. Sospecho que algo así le ocurre a ese hombre del Volkswagen, aunque si me guiara por las apariencias, diría que el huracán es él, no su pequeña esposa. Me la imagino pasando el domingo sola en su casa, leyendo, mirando la televisión o tejiendo, y siento una especie de melancolía por los dos. Incluso tengo la ilusión, un día, de ofrecerle a ella mi coche: total es viejo también, y nunca le viene mal una lavada. Quizá, en mi afán de Cupido de edificio, logre que esos esposos pasen un domingo juntos, mirándose de hito en hito, pero sin dejar de estar protegidos uno del otro —y quizá cada uno de sí mismo— por unas cuantas capas de lámina, tan despintada y frágil como la tristeza.

## Fuerza y fragancia

Una perfumería en Polanco. Un reino delirante y elegante de colonias, jabones, aguas perfumadas para planchar, todo casi irreal, el paraíso de la nariz. Pero lo mejor de esa tienda no son sus productos, sino el policía. Vean si no: la tienda es pequeña y la cuida un policía, no un policía malhumorado, triste o autoritario de los que se paran a la puerta de las tiendas, refresco en mano, como muñecos desganzados, no. Este policía recibe a los clientes con gran amabilidad. Después, cuando uno anda distraído mirando los jabones, se acerca y con gran sutileza describe las fragancias, las aplica con diligencia en la muñeca del curioso para que aprecie cuál es la mejor. Dice, por ejemplo, “pruebe usted esta colonia de lavanda, aunque la que a mí más me gusta es la de toronja”. Su entusiasmo olfativo no tiene fin. Mi amiga y yo estamos ahí comprando un regalo de Navidad; le decimos que se ve muy feliz en esa tienda. Y el hombre nos responde afablemente que le encanta su trabajo, mientras extiende a nuestra consideración olfativa un primoroso jabón verde de madre selva con forma de hoja. En ese momento, el pistolón y las balas que le cuelgan al cinto se han convertido en un adorno, ni más ni menos que la hebilla dorada de Santa Claus. Y cuando estamos pagando, a punto de salir, descubrimos que el policía ha envuelto lo que compramos con papeles de colores, adornados primorosamente con hojitas secas y listones. Las empleadas, unas chicas muy lindas con aire de colegialas, nos confiesan que temen que el policía les quite el trabajo, y tienen razón: aquel señor gordito y fortachón es mucho más persuasivo para las

ventas. Mi amiga y yo le preguntamos cómo compagina su vocación de policía con su gusto por el cosmético —cosa que se entendería más si fuese jugador de billar—, pero él sólo se ríe y deja su misterio a nuestras cavilaciones. En realidad, aquel hombre debería vestir un traje príncipe de Gales y un gazné de seda, porque es lo que cuadra a su alma cosmopolita y fragante; la verdad, no lo puedo imaginar apresando delincuentes o disparándole a alguien: tendría que gritar. Si llegaran a asaltar la tienda, Dios no lo quiera, ¿les mostraría a los ladrones las colonias antes de apresarlos?, ¿les hablaría de la frescura de la rosa, la dulzura de la miel, que es tan buena para el cutis? Quizá su pistola es de jabón y se le desharía como a Woody Allen en *Robó, huyó y lo pescaron* cuando trata de escapar de la cárcel. O tal vez las chicas de la tienda tienen un gusto oculto por la violencia, que nadie adivina detrás de su lozanía y sus batones planchados, y son capaces de aplicar en un santiamén la llave tailandesa al asaltante más rudo y dejarlo inmóvil, mientras el policía llama con infinita gentileza a la policía. Pero no lo creo. Ese policía debe ser, además, de lo más activo a la hora de cumplir con su deber, pues en su naturaleza conviven vocaciones antagónicas sólo en apariencia. Pero ¿será posible que se resigne al olor acre de la pólvora, la sangre y los orines, o a las lociones baratas de los comandantes, tras haber esparcido rosas y jazmines en infinitas muñecas agradecidas? He ahí una contradicción irresoluble, casi un crimen. Ustedes dirán: bueno, la policía está para ocuparse de los crímenes, incluso de los olfativos. Y quizá mientras empaqueta jabones de manera tan artística, nuestro policía ocupa la mente en resolver su propio caso.

## Tlapalería la cuchilla

La tlapalería aquella se llamaba la Cuchilla y se encontraba en una diagonal, un pico afilado en la Condesa, un pequeño rincón pintado de amarillo congo, habitado por el tlapalero, quien usaba lentes tan de botella, los cristales verdosos y de tal grosor que con dificultad se distinguían los ojos detrás de ellos. Y el tlapalero, siempre de bata azul, respiraba con trabajos, sus pulmones silbaban mientras despachaba focos y *sockets* y herramientas, o cuando vertía el tiner y la gasolina en una botella por medio de un embudo con sus dedos toscos, negros y pegajosos como la cinta de aislar. Yo pensaba que, sólo por el aspecto del tlapalero y su raro empeño en pasar el día en aquella cuchilla tan cortante —aquella especie de proa que se encaminaba a la pecaminosa Juanacatlán—, en vivir una vida tan sesgada y amarilla, la tlapalería debía ser un oficio de matones o carniceros, y que no estaba exenta de cierta perversidad. Y a mi corta edad no hubiera querido nunca nada de aquel hombre a quien mi madre acudía, sin embargo, tan seguido, nada más se estropeaba una lámpara o se fundían los fusibles, pero, cuando se puso de moda aquello de teñir las camisetas con unas ligas, los sobres de tinte La Mariposa que colgaban por encima de las cargadas espaldas del tlapalero me parecieron de lo más apetecible, y el tlapalero se convirtió en una especie de cíclope o gigante a vencer con tal de colorear nuestras nuevas vidas agogó.



## Nuestra escuela de ladrones

Para Ali

De jóvenes, mi hermana y yo dábamos en guardar nuestros magros ahorros entre las páginas de algún libro, confiadas en que los ladrones lo serían por necesidad y no aparecería en casa La Amenaza Elegante a escudriñar el librero. De todos modos, pensábamos, si un ladrón encontrase nuestro oculto billete de mil, al menos se vería obligado a leer una página de *La guerra y la paz* —nuestro libro preferido para esconder ahorros y boletos de camión a provincia—, cosa que sin lugar a dudas le haría bien. Luego nos ocurría que por capricho, o por pensar que el escondrijo debía cambiarse periódicamente, cambiábamos de título para la alcancía, con el riesgo de olvidar a los pocos días cuál habíamos elegido. Y así pasábamos semanas enteras hojeando ansiosamente los tomos más obesos de la literatura universal —las obras de Shakespeare, el *Ulises* de Joyce (nuestra biblioteca era desordenada pero básica), una segunda parte del *Quijote* que andaba por ahí sin su primera parte— con el solo propósito de encontrar el sueldo o la tira de materias. Y al igual que los ladrones, quienes con toda seguridad no iban a entender tanto denuedo didáctico, no leíamos palabra de aquellas páginas maravillosas en lo que buscábamos el vil dinero o el rancio boleto. Otras veces, sí, nos quedábamos bobeando en alguna página y ésa era nuestra perdición porque olvidábamos lo que estábamos buscando y quiénes éramos y qué hacíamos ahí. Cuando me casé y me volví seria, la costumbre de guardar cosas en los libros desapareció frente a la férrea seguridad del banco: si acaso, con los cajeros automáticos, la didáctica para ladrones se

trocara en cursos de computación. Sin embargo, todavía a veces resuenan, precisamente como de ultratumba, ecos de aquella costumbre tan volátil y de cuando en cuando resucitan en algún libro no sólo los boletos o los documentos, sino cartas, recados, prospectos o recortes de periódico, que entablan una correspondencia atemporal y amarillenta con la mujer que ahora guarda el dinero en el banco y los papeles en los cajones —aunque del dinero nada, ni un canijo billete se me aparece—, y los recuerdos que traen esos papelitos siempre huelen a aventura. Por eso he decidido volver a guardar papeles en los libros, para iniciar una correspondencia futura con la señora cincuenta o sesenta que seré, y porque no he perdido la fe en aquel método novelesco para educar a los ladrones, o por lo menos para atraparlos pegados a las páginas de algún libro, como a las moscas en el papel de melaza.

## La bisabuela

Un día llegan los pianos a las casas. Entran como señoras de luto al borde del desmayo, cargadas por tres mocetones especialistas que los depositan en su sitio con veneración. Las casas con los pianos se oscurecen, se llenan de respeto. Las salas se pueblan entonces de niños aburridos y padres obstinados, de adolescentes melancólicos sacando melodías nota por nota en la penumbra. El piano invita al ocio, y a la vez guarda la sospecha de un trabajo descomunal; por eso duerme la misma partitura días y días en el atril. Las teclas son un abismo que los dedos, atados a la mano, no logran saltar.

De repente algún gran conquistador se sienta al piano sin que nadie se lo pida y lo hace confesar frases enteras de Bach o de Chopin. Toda la familia le dedica su veneración: lo que puede decir la gorda caja si se la domina, piensan, si la mano y el oído lograrán marchar al mismo tiempo. Aquel visitante que toca tan bien el piano de la casa despierta fantasías: quizá alguno de los niños, por lo menos, realizará la proeza. Y los niños evocan el esfuerzo, la expectación; la larga espera en el día de examen, cuando los siembran en un escalerón de madera vestidos de domingo y practican en el pasamanos su libro de Bartok, mientras otros compañeros sudan violines y flautas bajo el brazo.

Luego pasa el tiempo y el piano se va adornando de mantones, cuadros y fotografías. Se ha convertido en una bisabuela sentada en el salón por toda la eternidad, a la que siempre se saluda, porque está ahí para charlar de cosas pasadas o caseras, nunca de negocios. Su presencia y su conversación son

balsámicas, institucionales; es fuente de penumbra y de meditación, y punto estratégico de vigilancia para el gato. Aunque pasa tiempo sin que nadie lo afine, escucharlo hablar es un prodigio y un consuelo. Con el tiempo, en sus notas rotundas, trémulas o discordantes se podrán escuchar los secretos de la familia.

## Casas de libros

Hay una foto muy famosa de Rogelio Cuéllar en la que José Emilio Pacheco aparece en estado de plenitud bibliográfica, rodeado de miles de libros que forman a su alrededor un paisaje montañoso, accidentado y caótico. En las casas de bibliómanos menos exuberantes, los clásicos libreros o las torres de papel alcanzan la talla y hermosura de las columnas de estilo diverso que tanto admiraban los clásicos. Si la casa es pequeña, las conformaciones de libros comenzarán a brotar como la hierba salvaje, según las veleidades alfabéticas o el capricho goloso de un lector indeciso en sus géneros, lento para reunir el dinero, el ánimo y el ingenio para mandar hacer otro librero y decidir dónde lo pondrá, si encima del refrigerador, debajo de la televisión o en lugar del armario, en el caso de que ame más a los libros que a su aspecto.

Los cultivadores de libros poseen características fijas: están llenos de alergias o manías, y detestan la pregunta del ingenuo que quiere saber si los han leído todos, como si los libros fueran un artefacto utilitario. Según sus preferencias, poseen libros perrunos o libros gatunos: los primeros siguen a su amo por toda la casa, en ejemplar suelto o en jauría, y viajan sin cansancio del sofá a la cocina, a la mesilla de noche o a los cafés. Padecen con lealtad la asfixia de las maletas y son capaces de arriesgar la vida en el revistero del baño; fieles hasta la muerte, se dejan marchitar por el vapor de la ducha, que a veces les borra algunas letras. En cambio, los libros gatunos se quedan dormidos en cualquier parte, agazapados debajo de cualquier montón de hojas sueltas,

prospectos y anuncios, para que el dueño no les interrumpa la holganza. Se escabullen en el cine o en los transportes públicos y uno pasa la vida entera buscándolos, pero se ven hermosísimos cuando se les descubre acostados con displicencia sobre el televisor, invitando a acariciarlos. Como todo gato, algunos rasguñan.

Hay quien insiste en que dejemos de arriesgar la vida, la salud y la convivencia practicando aquella arquitectura efímera con ladrillos escritos, que poseer tantos libros no es lo mismo que leerlos. Se habla de las bondades, muy ciertas, de las bibliotecas públicas. Pero vuelvo a la fotografía de José Emilio Pacheco y a aquella plenitud del escritor cobijado por sus libros, que parece decir: éste es mi paisaje, mi ciudad, la materia de que estoy hecho. Y de alguna manera, los montones de libros que pueblan nuestra casa son eso, son lugares, materia viva que sonrío desde sus tapas y nos recuerda que allí estábamos, o estuvimos, o deberíamos estar y dejar de hacer lo que estemos haciendo para retornar a ellos. Los libros son una extensión orgánica de nuestras manos.

## El lápiz bicolor

Nunca logré entender, bien a bien, para qué se usaban los lápices bicolores. Cuando de niña probaba a escribir algo con uno que vivía en el escritorio de mi padre, siempre me desanimaba su trazo tan pálido que desdecía de aquel exterior tajante, rojo y azul. El lápiz bicolor era hermano de las hermosas libretas de contabilidad con pasta dura, las que aún anidan en las papelerías, y seguramente en ellas gritaban los contadores cifras serenas o ceros alarmistas. Esos lápices siempre me recordaron a la bandera de huelga por su radicalismo; me hacían pensar en una papelería comunista de panfletos a dos tintas en papeles amarillentos, de ideales a gritos, de decisiones extremas: estás con nosotros o con el enemigo, eres rojo o azul —a lo mejor Pedro Miret escribió *Esta noche vienen rojos y azules* con un lápiz bicolor—. Como todo lo comunista, este lápiz tenía también su lado eclesiástico, pues el rojo daba a pensar en tentaciones correctoras o bien pecaminosas, y el azul, claro, en el cielo. En suma, un lápiz esencialmente moral. Yo guardo un bicolor muy viejo, que es como el gato de los lápices bicolores a causa de su sofisticación: gordo, a rayas, con ribetes dorados, lo conseguí hace mucho en una papelería del centro. Me gusta mirarlo cuando debo decidir alguna cosa tajante, y no deseo que me avasallen los matices, aquellas tonalidades infinitas y modernas como los plumones fosforescentes, que ya no dejan distinguir el bien del mal.





# Índice

## 1. INTEMPERIE

Niebla y humo	17
A vuelo de pájaro	19
El gordo provocador	21
La ciudad del perro	23
¡Pasteles!	25
Diario de mayo	27
Borrachas de esmog	29
El anochecer en los camiones	31
Cucuruchos	33
Viene viene	35
En secuencia	37
El aguacero nacional	38
Viboritas	40
El santo escándalo de la tamalería	41
Los oscuros policías	43
Ventana con gato	44
La invasión de las bolsitas aviesas	46

## II. MISTERIOS DEL CUERPO

Pelo	51
La entenada	53
Panzas	55
La bolsa y la vida	57
Mirada al frente	59

Sobre los lentes	61
Catarro	63
Elogio del termómetro	65
Señoritas a caballo	66
El misterio de la bolsa de plástico	69
Pedestales	71
Una propuesta cívica	73
Ponte el suéter	75
Los perdidos imperdibles	78
Temporada Otoño-Invierno	80
Adentro de la voz	82
Nuestra señora de las piernas	83
El hombre de mi vida	85
Matías Elías y la esposa celosa	87

### III. ENVÉS

Mudanzas	93
Amor y cátsup	96
Elogio del mesero	98
El ciego emprendedor y el resignado	100
Nuestro mudo	102
Ir al cine	104
Leer ajeno	106
Ese hospital no es hotel	108
El reino de la libertad	110

Un albañil en tu ventana	112
El Mago, S. A.	114
El Volkswagen melancólico	116
Fuerza y fragancia	118
Tlapalería la cuchilla	120
Nuestra escuela de ladrones	121
La bisabuela	123
Casas de libros	125
El lápiz bicolor	127





*Pie de página*, de Ana García Bergua, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diseño y formación: Hugo Ørtiz. Cuidado de la edición: Jimena Ramírez Olivares y César Alan Malváez Hernández. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.



De la mano de Ana García Bergua paseamos por una cultura donde todo se acomoda a la manera surreal que Bretón tanto amó de este “país arcaico de piedra y pluma”. Aguda observadora del detalle aparentemente banal, su elegante prosa de humor sutil arranca una sonrisa, cuando no una franca carcajada. Entre azoteas, albañiles, tacones femeninos, microbuses y panzas de burócratas resignados, en estos textos breves, salpicados de exquisitas elipsis —“humo de coche furioso, que es un poco más oscuro”—, reconocemos la vida en blanco y negro de un país que se niega a perder la memoria del pasado y reclama su lugar en el ahora. Estas crónicas deliciosas y picantes, como tacos de banqueta, vuelven a ver la luz en esta reedición que sin duda hará que el lector devore la obra de una de las escritoras mexicanas más relevantes de nuestro tiempo.